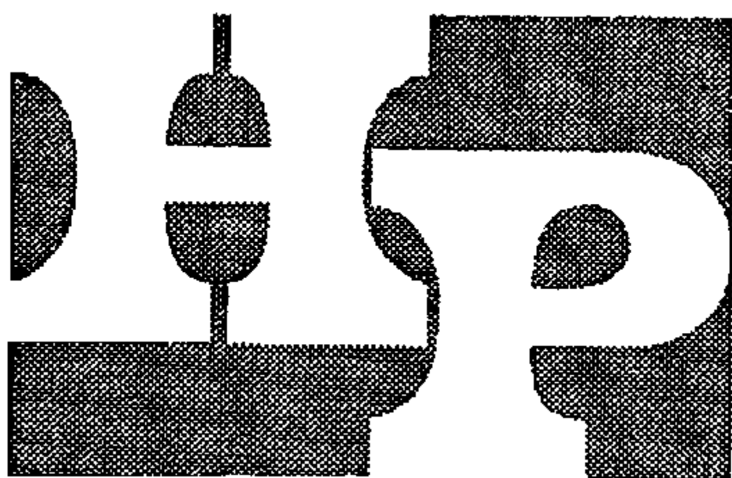


Keith Luger

EL MEJOR GATILLO DE ARIZONA





Héroes de la PRADERA



Keith Luger

EL MEJOR GATILLO DE ARIZONA

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 306
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

ISBN 84-02-02524-2

Depósito legal: B 35414-1975

Impreso en España - Printed in Spain

2.a edición: noviembre, 1975

Cubierta: Desilo

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

—Eh, jefe, ¿otra vez con la botella? —dijo Pat Bowdre ayudante del marshall de El Alto, en Arizona.

El marshall Jud Tawson, de cincuenta años, iba a empinar la botella de ginebra, pero la dejó sobre la mesa y miró a su ayudante con ojos cargados de ira.

—Pat, métete en tus cosas.

—Creo que ésta es una de mis cosas. ¿Qué le dijo el doctor Clymer? Está arruinando su organismo. El alcohol lo está matando lentamente.

—Sí, pero la muerte es tan perversa que viviré otros veinticinco años.

—Es lo que usted dice, pero el doctor opina de otra forma.

—¿Qué piensa el doctor?

—Me lo dijo ayer. Si usted continúa bebiendo ginebra, es hombre perdido.

—¿Así lo aseguró?

—Sí, señor. Hombre perdido.

—Entonces te voy a dar mi respuesta. ¡Tú y el doctor os vais al infierno! ¿Lo has oído, Pat? ¡Al infierno!

—Como usted guste, jefe, pero dígame dónde está. Yo no lo sé. El doctor agregó otras palabras. Dijo que usted caminaba justamente paso a paso hacia ese lugar donde usted me quiere enviar. Al mismísimo infierno.

—¡Cállate, Pat! ¡No quieras ser mi conciencia!

—Es un mandato y yo acato las órdenes.

El marshall fue a contestar de nuevo, pero prefirió empinar la botella. Bebió un largo trago de ginebra y luego se secó la boca con el dorso de la mano. Se dio cuenta de que su ayudante lo estaba

observando y dijo:

—Sé cumplir con mi deber Pat y eso es lo que debe importar a los ciudadanos de El Alto, incluido el doctor. Llevo doce años de marshall y dime si algún forajido se aprovechó de una sola persona que viva en nuestro pueblo.

—No. Eso es verdad. Usted tiene un gran revólver. Todo el mundo lo sabe.

—Gracias.

—Pero lo que no saben es que ha perdido puntería.

—No es verdad.

—Sus manos tiemblan y el doctor dice que es por efecto de la maldita ginebra.

Jud Tawson se puso en pie.

—¿Quieres una prueba, Pat?

—De acuerdo.

El marshall dejó colgar los brazos a lo largo de sus costados.

—¡Ya! —gritó el ayudante.

El marshall sacó como una centella y apuntó a Pat Su mano temblaba.

Tawson estaba observando a su ayudante y ahora miró su diestra y comprobó aquel estremecimiento que hacía que el revólver se moviese. Existía la posibilidad de que si apretaba el gatillo y tiraba a dar, la bala no tocase a Pat.

El ayudante dijo:

—¿Se ha convencido?

—¡No, maldita sea!

—Lo noté hace un mes, poco más o menos. Me di cuenta de que usted ya no era el mismo.

El marshall pegó un puñetazo en la mesa.

—¡Pat, soy el de siempre! Puedo dominar cualquier situación de emergencia. ¿Por qué El Alto es un pueblo tranquilo? ¿Por qué no se quedan aquí los forajidos? ¿Por qué todos están de paso?

—Porque todavía no se enteraron de que usted ha dejado de ser un peligro para ellos. Comprendo que es una respuesta que usted no quiere oír, pero es la pura verdad, jefe. Si en este momento usted tuviese que enfrentarse con un tipo o con dos buenos
gun-men,
se iría derecho al cementerio. Usted es el primero en saberlo, pero

no lo quiere admitir. Es demasiado terco.

El marshall se quedó sin habla durante unos instantes. Por último metió el revólver en la funda y se dejo caer en la silla. Entonces empinó otra vez la botella y tomo un trago más largo que el de antes.

—Yo sé por qué bebe, jefe.

El marshall no dijo nada.

—Usted estaba enamorado de aquella girl, Jennie Bolt, y ella se marchó y le dejó plantado.

Los ojos de Jud Tawson se agrandaron.

—Estás mintiendo, Pat. ¿Lo oyes? Estás mintiendo. Ella no me dejó plantado. Aquel empresario de San Francisco le hizo una buena oferta y Jenny pensó que mejoraría mucho su futuro si se iba con él.

—Pero usted se había hecho ilusiones con ella, y cuando se marchó, se puso a beber y a beber.

—¡Basta, Pat, o no respondo de mí!

—Como usted quiera.

—Vete a dar una vuelta, anda.

Pat, veinticinco años, larguirucho, de facciones caballunas, aunque simpáticas, sacudió la cabeza en sentido afirmativo y salió de la oficina. Se detuvo en el porche dando un suspiro.

El sol caía a plomo sobre El Alto, pero eso era normal porque estaban en verano.

Pat sacó un pañuelo con el que se enjugó el sudor que le corría a chorros por el cuello.

Dos jinetes aparecieron por el fondo de la calle.

Pat les prestó atención. Nunca los había visto antes de ahora.

Los dos hombres avanzaron por la calle Mayor levantando una gran polvareda. Cuando llegaron cerca de la herrería de Cari Banner, tiraron de las bridas y dejaron ir las monturas al paso. Ellos también miraron a Pat y ya no le quitaron ojos de encima.

El ayudante del marshall pudo verlos con claridad. Los dos eran barbudos y su vestimenta estaba llena de polvo. Habían hecho un largo camino. Ambos detuvieron las cabalgaduras ante la oficina del marshall y se inclinaron sobre la silla.

Nadie dijo nada en un buen rato. Allí estaban, Pat observándolos a ellos, siendo observado a su vez.

El tipo de la derecha, que parecía tener en su cara solamente

piel y huesos rompió el silencio.

—Su nombre, amigo.

Pat sintió un escalofrío. No era forma de dirigirse a una autoridad. Sin embargo, en la voz de aquel hombre había una gran serenidad y, sobre todo, ganas de pelea.

—Pat Bowdre. Soy el ayudante del marshall.

—Yo soy Leslie Kirby y éste es mi amigo Jeff Fetterman.

—Tanto gusto.

—No dirá lo mismo dentro de un rato.

—No le entiendo.

—Lo entenderá, Pat, ya lo comprenderá.

El llamado Jeff Fetterman lanzó una risa escalofriante que a Pat le hizo recordar la de Norman el Loco, el que trabajaba para el herrero, y que, de vez en cuando, se iba al desierto, en donde permanecía un par de semanas alimentándose con lo que encontraba en el terreno, que era muy poco, y luego regresaba tan tranquilo para seguir trabajando en la herrería, diciendo que había estado hablando con Mahoma.

El que primero había hablado, Leslie, dijo señalando a su amigo, pero sin apartar los ojos del ayudante:

—Jeff lo encontró chistoso, y tiene sus motivos. ¿Dónde está su jefe, Pat?

—Ahí dentro.

—Dígale que salga.

—Está ocupado —contestó Pat, recordando que el marshall habría bebido demasiada ginebra.

—Conque está ocupado, ¿eh?

—Sí, señor.

—Bueno, le haremos salir, ¿verdad, Jeff?

Jeff lanzó otra vez su risita.

Pat se preguntó si sería mudo porque no decía nada.

De pronto, Leslie sacó el revólver y se puso a disparar contra la ventana de la señora Masterson, la maestra de la localidad, que ya había cumplido los sesenta años y estaba a punto de jubilarse.

Los cristales saltaron en añicos. Pat estaba pálido, lleno de asombro. La puerta de la oficina del marshall se abrió de golpe y Jud salió tambaleándose.

—¿Qué infiernos pasa, Pat? Se interrumpió al ver a los dos

forajidos.

Leslie apuntó a Jud Tawson con el revólver.

—¿Es usted el marshall?

—Sí.

—Preguntamos a su ayudante por usted y dijo que estaba muy ocupado. Por eso disparé, para hacerlo salir.

—Usted debe estar chiflado.

—Cuidado, jefe, no diga eso, no lo repita, o le meto una bala en la boca.

—¿Se da cuenta con quién está hablando?

—Jeff, ¿has oído la pregunta?

—Sí, Leslie —contestó éste, demostrando que no era mudo.

—Contéstale al marshall, Jeff.

Jeff soltó un salivazo al polvo de la calle y dijo:

—Sabemos quién es usted, marshall, pero durante las próximas veinticuatro horas usted va a ser un ciudadano cualquiera.

—¿Cómo?

—Lo ha oído bien, señor como se llame. —No lo voy a tolerar.

—¿Qué es lo que no va a permitir usted, marshall? —Soy el representante de la ley en El Alto—. Muy bien. Usted es el representante de la ley, pero a partir de ahora, nosotros vamos a ser la ley.

—¿Ustedes?

—Sí, nosotros y durante veinticuatro horas.

—No voy a permitir eso.

—¿Que no lo va a tolerar? ¿Has oído eso, Leslie? No lo va a tolerar. —Jeff rió con su risa escalofriante. Leslie enfundó el revólver.

—Marshall, podemos dejarlo con vida o matarlo.

—¿Eh?

—Ya lo ha oído. Y si tenemos que matarlo, lo haremos ahora, y si su ayudante se pone de su parte, también lo liquidaremos. Así de claras están las cosas. Hay otra solución. Que ustedes dos se conformen con todo lo que va a pasar en este pueblo durante las próximas veinticuatro horas. Soy claro, ¿verdad? —Hizo una pausa —. Maldita sea, respondan los dos si me comprenden.

Pat se apresuró a contestar.

—Sí, lo hemos entendido perfectamente.

—¿Y usted, marshall?

Tawson se mojó los labios concia lengua.

—Sí, yo también lo comprendí.

—Estupendo. Los dos lo entendieron. Ahora quiero saber su respuesta. Han de soportar todo lo que nos venga en gana. Seremos dueños de la ciudad, absolutamente los dueños. Si no están conformes, díganlo, y solucionaremos esto a tiros.

CAPÍTULO II

Jud Tawson creyó que estaba viviendo una pesadilla. Nunca en su vida se le había planteado un problema como aquél. Sin embargo, no era un sueño. Allí estaban aquellos dos hombres que desafiaban a la ley, a él y a Pat que la representaban.

—Oigan, necesito unas cuantas aclaraciones. —¿Qué explicaciones, marshall?—. ¿Por qué hacen esto? —Por una boda—. ¿Una boda?

—Sí, marshall. Un casamiento que debe ser alegría para El Alto.

El marshall forzó una sonrisa.

—Si se trata de eso, no hay inconveniente en que se celebre.

Jeff soltó su risa que estaba conteniendo desde hacía rato y se palmeó los muslos.

—Eh, Leslie, este marshall es un tipo simpático.

—Es posible que le convenga serlo. Así no criará gusanos, ¿no te parece, Jeff?

—Seguro, Leslie, seguro. Este marshall va a durar porque se ha dado cuenta de que una boda debe ser un festejo.

—¿Quién de ustedes se va a casar? —preguntó Jud Tawson.

—Ninguno.

—Entonces estoy hecho un lío.

—Le voy a decir quién se va a casar, marshall. El novio es Bill Ollinger.

—¿Ollinger?

—Eso es, marshall Bill Ollinger, el mejor gatillo de Arizona.

—No creí que estuviese por aquí.

—Trabajamos más al norte y es adonde volveremos mañana, pero Ollinger tuvo que llegarse aquí porque es donde tiene su novia.

—No sabía nada. ¿Quién es la novia de Ollinger?

—Judy
O'Hara.

El marshall Tawson se quedó con la boca abierta. Miró a Pat, el cual también se había quedado de muestra.

—¿Judy
O'Hara,
la modista? —dijo el marshall.

—¿Hay otra Judy
O'Hara
en El Alto? —inquirió Leslie.

—No. Sólo hay una.

—Entonces no hacía falta ninguna aclaración… ¿O es que se ha vuelto usted tonto?

—No sabía que Judy
O'Hara
conociese a Bill Ollinger.

—Ahí no se equivoca. Bill Ollinger no conoce a Judy
O'Hara.

—Entonces, ¿cómo es posible que se vayan a casar?

—Cosas de la vida, ¿verdad, Jeff?

Éste estaba riendo a golpes.

—Sí, marshall, son cosas que pasan.

Jud Tawson se puso a reír también.

—Ya entiendo, muchachos.

—Celebro que lo comprenda —contestó Leslie.

—Todo esto es una broma.

—¿Eh?

—Una broma que me quisieron gastar. Ahora me van a decir que ustedes no tienen nada que ver con Bill Ollinger, que no habrá tal matrimonio entre él y Judy
O'Hara.

—¿Ya terminó?

—Sólo falta un detalle. Ustedes han bebido *whisky* con un poco de exceso y por eso se han presentado de esa forma.

—Marshall, es usted un estúpido.

—¡No le consiento…!

—Usted va a aguantar eso y mucho más. —Leslie hizo una pausa —. Le hemos hablado en serio y se lo vamos a repetir por última

vez. Jeff y yo vamos a ser los dueños de este pueblo. Bill va a llegar esta noche, dentro de siete u ocho horas. Luego el dueño del pueblo será Bill Ollinger. De modo que ya puede ir quitándose esa placa, y el consejo sirve también para su ayudante. Vayan a hacer un viaje por los alrededores si les molesta nuestra presencia, pero si tienen ganas de pelea, díganlo ahora mismo de una vez por todas.

Se hizo un profundo silencio en aquel lugar de la calle.

El marshall titubeaba con respecto a lo que debería hacer. Ya estaba seguro de que aquellos dos hombres hablaban en serio. No, no era ninguna broma.

—Pat.

—¿Sí, jefe?

—¿Estás listo para sacar?

—Sí, señor.

Leslie apretó los labios hasta formar una línea recta.

—Jeff, quieren un ataúd.

—Se lo serviremos.

Leslie esbozó una sonrisa.

—Cuando quiera, marshall.

El marshall sintió la garganta reseca. De buena gana hubiese pedido una tregua para entrar en la comisaría y beber un trago de ginebra. Dios mío, la mano derecha le temblaba, la mano con la que debía sacar. Recordó las palabras que, según Pat, había pronunciado el doctor. Si seguía bebiendo, sería hombre perdido, y ya se había cumplido la profecía. Aquellos dos forajidos lo matarían sin remisión. No tenía la menor duda. Pat también sería muerto y el pueblo quedaría a merced de Bill Ollinger.

—Marshall —dijo Leslie—, ¿qué le pasa? —No me encuentro bien—. ¿Cómo?

—Me he puesto repentinamente enfermo. Jeff soltó una risotada.

—Eh, Leslie, yo sé lo que la pasa al marshall. Se está manchando los pantalones.

—No seas grosero, Jeff —dijo Leslie.

—¿Acaso no es la verdad? El marshall dijo hace un momento que iba a sacar, que nos iba a hacer frente, y de pronto se pone enfermo. En una ocasión como ésta, yo sólo conozco una enfermedad: la de los intestinos.

—Marshall —dijo Leslie—, voy a contar hasta tres y para

entonces tendrá que meterse en esa oficina o sacar, porque si se queda ahí sin hacer una cosa u otra, lo coseremos. —Leslie señaló a Pat—. Y eso vale también para ti, ayudante. Anda, cuenta ya, Jeff.

—Uno…

El marshall sintió su cara llena de sudor.

—Dos… —dijo Jeff.

El marshall dio media vuelta.

—Pat, vamos adentro.

El ayudante también giró sobre sus talones y los dos representantes de la ley entraron en la comisaría cerrando a sus espaldas.

Tawson se precipitó sobre la botella y bebió la ginebra como si fuese agua y acabase de hacer una larga travesía por el desierto.

De pronto, sonó un disparo y una bala rompió los cristales de la ventana.

Pat dijo:

—¿Es que no va a hacer nada, jefe? Tawson se había apartado la botella de la boca y parte de la ginebra le cayó por la barbilla y el pecho. —¿Es que no lo oíste, Pat? Nos matarán—. Así que el doctor y yo teníamos razón. —Pat, nunca pudiste hacer nada sin mí—. Eso es verdad.

—Ahora lo tendrás que hacer. Sal ahí fuera y enfréntate con esos dos hombres.

—Usted sabe que no soy rápido con el revólver ni tengo puntería. Saldré si usted lo quiere, pero tendrá que ayudarme. Usted les hará frente y yo le echaré una mano.

Jud Tawson sacudió la cabeza en sentido negativo.

—No, Pat, no hay nada que hacer.

—Ahora es el momento de acabar con ellos, señor Tawson.

—¿Es que no les oíste? Forman parte de la pandilla de Bill Ollinger.

—Sí, lo oí todo y no hace falta que lo repita. Bill Ollinger viene a El Alto a casarse con Judy
O’Hara.

—Pues ahí lo tienes explicado. Supón que acabamos con ellos. Bill Ollinger se dejará caer con quince o veinte de sus forajidos. ¿Y qué crees que pasaría entonces? Aunque matemos a esos dos fulanos, no servirá de nada. Absolutamente de nada.

Oyeron una risotada procedente de la ventana. En el hueco, por los cristales rotos, vieron la cabeza de Jeff Fetterman que reía como un loco.

—Marshall, ¿no va a salir para dar la cara?

—No, Jeff; me voy a quedar aquí.

Éste abrió la boca enseñando unos dientes muy separados.

—Está bien, marshall. Leslie y yo somos unas personas comprensivas, de modo que también le permitiremos que se pasee por el pueblo.

—No hace falta.

—Entonces le daré la orden de que pasee.

—¿Por qué?

—Porque ustedes van a salir sin la insignia. Se la dejarán en el cajón y no la volverán a coger hasta que nosotros nos hayamos marchado. ¿Lo entiende bien? Leslie ya lo dijo. Nosotros seremos las autoridades mientras permanezcamos en El Alto.

—¡No pueden hacer eso!

—No rechiste, marshall, o le impongo una multa.

En aquel momento se abrió la puerta y Leslie entró en la oficina.

Jeff rió chillonamente desde la ventana.

—Eh, Leslie, el marshall se nos ha puesto fanfarrón. Le he dicho que le voy a imponer una multa.

—Me parece muy buena idea, marshall. Jeff y yo le imponemos una multa de un dólar.

—¡No consentiré…!

—Dos dólares por protestar, y si vuelve a abrir la boca le encierro en una celda. ¡Pague los dos dólares, marshall!

Tawson sacó lentamente dos monedas de a dólar que entregó a Leslie.

Jeff reía desde la ventana con los ojos muy agrandados. Gritó:

—¡Madre mía, esto es lo más gracioso que me ha ocurrido en mi vida!

—Recuerde lo que le he dicho, Jud. Y dése una vuelta por ahí para que la gente sepa que ustedes han dejado de ser la autoridad. ¿De acuerdo?

Leslie se guardó los dos dólares en el bolsillo.

Tawson y Pat hicieron un gesto afirmativo.

Leslie se retiró de la comisaría y cerró la puerta.

Jeff también desapareció de la ventana y Jud Tawson y Pat Bowdre estuvieron oyendo su risa de loco durante un buen rato.

—¿Qué vamos a hacer, marshall? —preguntó Pat.

—Nada, no vamos a hacer nada —dijo Tawson y bebió otro trago de ginebra.

—Van a cometer barbaridades.

—¿Por qué has de pensar eso? Bill Ollinger sólo viene aquí a casarse.

—Es que no comprendo esa boda con Judy
O'Hara.
Ellos han admitido que su jefe no conoce a Judy. ¿No le parece que es un asunto misterioso?

—Sí, Pat, lo es.

—Vaya a hablar con Judy.

—No, no voy a preguntarle nada a Judy. No quiero meterme en este asunto.

—Entonces iré yo.

—¿Tú, Pat? Ellos se enterarán y te volarán la cabeza.

—No hace falta que lo sepan. Seguro que los dos fulanos se meten en el saloon. Contaré con un rato para hablar con Judy.

—Sí, eso está bien pensado, muchacho. Pero será mejor que te marches cuanto antes.

—De acuerdo —dijo el ayudante y se dirigió hacia la puerta.

—Eh, chico, olvidas algo…

Pat se detuvo y se quitó la insignia que arrojó sobre la mesa.

—Hasta luego, jefe.

—Ten cuidado, Pat. Recuerda que estamos en inferioridad.

—Jefe, ¿por qué no deja la botella?

—¡Maldito seas, Pat! ¿Por qué he de dejar ahora de beber? ¡Es lo único que me dará coraje!

—¿Cree que le dará bastante para enfrentarse con esa gentuza?

—Sí, es posible —palmeó la botella—. He visto a muchos tipos que se convirtieron en otros gracias al *whisky* c a la ginebra. Yo también puedo cambiar, y entonces Jeff y Leslie van a saber quién soy yo.

—Se está engañando a sí mismo, jefe. Usted no será nunca el Jud Tawson que todos los forajidos temían.

Pat salió de la comisaría. El marshall se quedó mirando la puerta

cerrada y apretó la botella contra el pecho, la botella que según él sería capaz de devolverle el valor perdido.

Capítulo III

Judy
O'Hara
estaba probando un vestido a la hija del alcalde.

—Estate quieta, Mary, o te pincharé con los alfileres.

—Estaba pensando en Pat.

—¿Ya se te declaró?

—Todavía no, y dudo mucho que lo haga. Sólo sabe dirigirme miradas, pero no se atreve a decir esta boca es mía.

—Comprométela.

—¿Eh?

—Que lo comprometas.

—Judy, ¿cómo te atreves a decir eso? Pat pensaría que soy como una de esas mujeres, una girl.

—Muy bien; entonces no hagas nada y que sea una girl quien se lo lleve.

—Eso sí que no lo puedo consentir.

—Entonces tendrás que aprender a hacer algunas de las cosillas que hacen esas muchachas.

—¿Qué es lo que hacen?

—Un abaniqueo de pestañas, por ejemplo. ¿Sabes hacerlo? Se hace cerrando y abriendo los ojos.

Mary tenía diecisiete años y Judy acababa de cumplir los veintidós. Mary era rubia y Judy morena, las dos bonitas, aunque de una belleza distinta. Mary era frágil, delicada, y Judy poseía una belleza salvaje porque sus pómulos eran altos, las mejillas ligeramente hundidas, y sus labios se levantaban en un hociquito.

—Anda, Mary, cierra los ojos y abanica las pestañas.

Mary los cerró y abrió, pero lo hizo ingenuamente y Judy se

echó a reír.

—¿Por qué te ríes?

—Cierras y abres los ojos como si el viento te hubiese metido una china en uno de ellos.

Mary pegó una patadita en el suelo.

—¡No sé hacerlo de otra forma!

—Oye, Mary, se me acaba de ocurrir una gran idea, y tú me la has dado.

—¿A qué te refieres?

—A la china en el ojo. Está claro. Cuando veas a Pat le dices: «Por favor, Pat, creo que me ha entrado una china en el ojo. ¿Quieres quitármela?».

—Caramba, no está nada mal.

En aquel momento llamaron a la puerta.

Judy acudió a abrir.

Se quedó asombrada porque el hombre que estaba en el hueco era justamente del que estaban hablando, Pat Bowdre, el ayudante del marshall.

—Hola, Judy, ¿puedo entrar?

—Desde luego.

Pat entró en la estancia.

Judy no tuvo en cuenta que Mary estaba en enaguas y ésta, al verse sorprendida por Pat, lanzó un grito y corrió hacia un biombo que había al fondo.

Pat se percató del asunto y se volvió de espaldas.

—Lo siento. Creí que estabas sola, Judy. Volveré en otro momento.

—No. De ninguna manera.

Mary ya había logrado llegar al biombo.

Judy se acercó a ella y le habló por la comisura de la boca.

—Ahora es el momento. La china en el ojo.

—¿Qué china?

—Acuérdate. El pedrusco —contestó Judy. Y volviéndose hacia Pat, sonrió—. ¿Qué tal tiempo hace?

—Muy caluroso —dijo Pat, pasándose un dedo por el cuello de la camisa.

—¿No has visto a Mary?

—Oh, sí. ¿Cómo estás, Mary?

—Ya lo ves, aquí, en el biombo.

—¿Te encuentras bien, Mary?

—Perfectamente.

—Lo celebro, Mary.

Judy comprendió que su amiga no conseguiría nada con aquel diálogo estúpido y le señaló otra vez el ojo. Pero Mary dudó demasiado y dejó hablar a Pat.

—Judy, tengo que hablar contigo.

—¿Conmigo?

—Se trata de algo grave.

—¿A qué te refieres?

—A tu boda.

—¿A mi qué?

—A tu matrimonio con Bill Ollinger.

Judy se quedó perpleja.

—Eh, Pat, preguntaste antes a Mary si se encontraba bien. Ahora soy yo quien te hace la pregunta. ¿Estás bien?

—La verdad es que me gustaría encontrarme mucho mejor.

—En tal caso, consulta con el doctor Clymer.

—No me has entendido, Judy… Verás, han llegado dos hombres al pueblo. Fue hace un momento. ¿No oísteis unos disparos?

—Sí, creímos que se trataba de alguien que probaba el revólver.

—Bueno, esos fulanos estaban probando el revólver con el marshall y conmigo. Son dos hombres que pertenecen a la pandilla de Bill Ollinger. Nos amenazaron. El marshall desistió de hacerles frente porque pensó que si matábamos a esos fulanos sería peor para todos, ya que Bill Ollinger llegará aquí esta noche con el resto de sus hombres. En resumen, Judy, Bill Ollinger viene al pueblo para casarse contigo.

Judy agrandó los ojos.

—¡Pero si yo no conozco a ese hombre!

—Eso dijeron los dos forajidos que han llegado.

—¡Es absurdo! ¡Debe de haber un error!

—Eso pensó el marshall, que se referían a otra Judy O'Hara, pero que nosotros sepamos, en este pueblo solo hay una Judy O'Hara, y ésa eres tú.

—Eso es cierto.

—Entonces tú eres la novia de Bill Ollinger.

—¿Cómo voy a ser yo la novia de Bill Ollinger? ¡No le he visto en toda mi vida! Sé que Bill Ollinger es un bandido, un forajido que ha operado siempre en el norte. He leído en los periódicos sus fechorías, pero nunca he tenido relación con él. ¡Te repito que debe ser un error! ¡Esos hombres se equivocaron! ¡Debieron decir otro nombre!

—No, Judy Al referirse a la mujer que se va a casar con Bill Ollinger, concretaron que se trataba de la modista Judy
O'Hara.
Está todo claro.

Judy retrocedió y en su camino tropezó con una silla, donde cayó sentada.

Mary seguía escuchando desde el biombo.

—Judy —dijo—, quizá conociste en otra época a Bill Ollinger y lo has olvidado.

—No, no lo he conocido.

—¿Y si se hubiese cambiado de nombre? Ya sabes, ahora se llama Bill Ollinger, un tipo que tú conoces como Peter Smith.

—Pat —dijo Judy—, ¿ha tenido otro nombre Bill Ollinger?

—Bill Ollinger siempre se ha llamado Bill Ollinger, y es famoso desde hace diez años.

—¿Qué edad se le calcula?

—Veintisiete o veintiocho años.

—¿Lo has visto alguna vez?

—No, pero está su fotografía en un requerimiento que traje para que lo vieses. Lo arranqué de una pared.

Pat sacó el papel y lo desdobló, sosteniéndolo con las dos manos por la parte superior. De esa forma, Judy pudo ver la cara de Bill Ollinger. Era un hombre moreno, de largas patillas y bigote espeso que casi le cubría la boca, de orejas pegadas al cráneo. No era guapo, pero tampoco resultaba desagradable.

—¿Te recuerda a alguna persona conocida, Judy? —preguntó Pat.

—A ninguna.

—Bueno, quizá cuando lo veas cara a cara sabrás quién es.

—No, y no voy a estar aquí para saberlo —dijo ella y saltó de la

silla.

—¿Adonde vas?

—Haré mi maleta y me largaré del pueblo ahora mismo.

—Sí. Es la mejor idea. Pero, en tal caso, recuérdalo, yo nunca estuve aquí.

—Descuida.

Mary gritó desde el biombo.

—Eh, Judy, ¿y mi vestido?

—Te lo haré cuando vuelva. Sé que lo querías para tu cumpleaños, pero ya ves cómo están las cosas. No me voy a casar con ese forajido, y no me interesa saber la razón de que me haya elegido como esposa.

En aquel momento la puerta se abrió de golpe y una voz dijo:

—No, paloma, tú no vas a ir a ninguna parte.

Pat creyó morirse porque el hombre que así hablaba era Leslie Kirby, y detrás de él se encontraba Jeff Fetterman, que ya había empezado a reír de aquella forma que ponía los cabellos de punta.

CAPÍTULO IV

—Eh, ustedes —exclamó Judy—. No oí que llamasen.

Leslie entró en la habitación seguido de Jeff. Los dos observaron a la joven atentamente de la cabeza a los pies.

—¿Qué hacen? —preguntó Judy.

—Le estamos tomando las medidas.

—Aquí la única persona que es modista soy yo.

Jeff rió como un loco.

—Eh, Leslie, fue un chiste. Un chiste. ¿Te das cuenta? Es modista y por eso habla así.

—Ya lo sé, Jeff. Comprendo todos los chistes de las chicas monas.

Mary estaba en el biombo, con la boca abierta.

—Eh, lárguense. ¿No ven que estoy en enaguas?

Jeff se fijó en ella y dijo:

—Tampoco está nada mal, ¿verdad, Leslie?

—Sólo se le ve la cara, Jeff. Para opinar de una mujer hay que verla toda.

—Pero su cara es bonita.

—Puede ser muy linda por un extremo y fea por otro. Tenías que haber visto a Leonor. ¿Te he hablado de ella? Vivía en Aguas Calientes. Tenía un cuerpo de primera categoría, pero su cara era fea como un demonio. Sólo se podía hablar con ella de espaldas o poniéndole un pañuelo delante de las narices.

Pat tartamudeó.

—Me tengo que marchar. Mary. Ya volveré en otro momento para recoger lo mío.

Pat echó a andar, y de pronto, Leslie le pegó con el filo de la mano en la clavícula.

Pat lanzó un aullido de dolor y se encogió.

Jeff aprovechó aquella oportunidad para estrellarle la rodilla en la cara. Fue un golpe contundente, seco, que arrojó a Pat contra la pared con una gran violencia.

El ayudante del marshall cayó en el suelo, mientras gemía de dolor.

Judy gritó fuera de sí:

—Pero ¿qué hacen ustedes, par de mulos?

Jeff se echó a reír.

—Eh, Leslie, ¿somos nosotros dos mulos?

—Sí, somos dos animales y hemos venido a que nos hagan un traje.

—No soy guarnicionera. De modo que váyanse de aquí y diríjanse al señor Smith, al final de la calle. Y de paso, pueden ir a la herrería para que les arreglen las pezuñas.

Jeff palmeó.

—Bravo, muchacha. Ya veo que Bill Ollinger va a tener una esposa de genio. Seguro que a él le gustará. Prefiere a las que son como tú. No le gustan las blandas.

Mary salió del biombo y corrió hacia el ayudante.

—¿Qué te pasa? ¿Qué te han hecho, Pat?

Leslie le agarró por el brazo en el camino.

Ella gritó:

—¡Suélteme!

—A callar, nena. Sólo queremos examinarte.

—Pues mire a su abuela.

—Eso no puede ser porque yo no la conocí.

Jeff pegó un silbido mientras recorría con la mirada la figura de Mary.

—Eh, Leslie, no es como Leonor. Esta chica da el peso en todo. Por arriba y por abajo.

—Sí, no está mal, Jeff, pero la modista resulta mucho mejor.

—Es posible, pero ella es fruto prohibido para nosotros. ¿No se dice así?

—Sí, Jeff. Fruto prohibido. Así debe ser la esposa del jefe para todos nosotros.

Judy se estaba moviendo hacia el armario aprovechando aquel diálogo entre los dos hombres. Tiró de un cajón y cogió un arma

que había pertenecido a su tío Isaías, ya muerto. El arma pesaba mucho y tuvo que valerse de las dos manos.

—Al que se mueva lo envío al infierno —anunció.

Los dos hombres miraron a la joven. Jeff se echó a reír.

—Eh, nena, deja ese cañón anticuado. Te puede estallar en la mano y te harías mucho daño.

—Sé cómo manejarlo. Si aprieto el gatillo, la bala que salga le partirá a usted el corazón.

—Lees muchos folletines, nena. Tú no me podrías partir el corazón. Si disparases, apuesto a que te cargarías ese diploma tuyo que hay en la pared.

—Por si se equivoca, será mejor que levanten las manos.

—¿Qué más?

—Pat les quitará el revólver.

—Sigue.

—Y les llevará a una celda.

Mary había recuperado su libertad y estaba ayudando a levantarse a Pat, quien echaba sangre por la nariz.

Los acontecimientos estaban sobreviniendo demasiado aprisa.

—Eh, nena —dijo Leslie—, no está bien que hagas eso con los dos hombres que te han traído la noticia de que vas a ser la esposa de un hombre importante.

—Ustedes deben ser un par de locos.

—¿Por qué dices eso, Judy?

—Pat me lo explicó y no lo quise creer. Dijo que Bill Ollinger, el jefe de ustedes, quiere casarse conmigo.

—Así es.

—Yo no lo conozco. No lo he visto en mi vida.

—Eso tiene más mérito por parte de Bill Ollinger, y deberías sentirte orgullosa. Imagínate, nena. Vas a ser la mujer del mejor gatillo de Arizona.

—No me puede llenar eso de orgullo. Renuncio desde este momento a mi matrimonio con Ollinger.

—Le vas a decepcionar mucho.

—Que llore todo lo que quiera. Es asunto suyo.

Jeff saltó sobre la joven y lo hizo con la agilidad de un puma.

Judy llegó a apretar el gatillo, pero el resultado fue nulo, ya que no se produjo el disparo.

La modista y Jeff rodaron por el suelo, él soltando escalofriantes carcajadas.

—¡La cogí, Leslie, la atrapé!

Fue fácil para Jeff torcer la muñeca de Judy y obligarla a soltar el arma.

Ella intentó tirarle un zarpazo a la cara, pero Jeff siguió moviéndose con precisión y no sufrió daño. Zarandeó a la joven.

—Nena, ¿quieres que te de tu merecido?

—Voy a terminar con esto enseguida —dijo Leslie, y sacó el «Colt» y apoyó el cañón en la cabeza de Pat—. Judy, deja de hacer tonterías o aquí va a pasar una desgracia porque el ayudante del marshall se irá al otro mundo.

Judy renunció a seguir luchando con Jeff.

—Ya puedes dejarla, Jeff, y que se levante —dijo Leslie—. Ahora estará más suave que un guante.

Judy y Jeff se levantaron.

Leslie miró a los ojos del asustado Pat.

—Muchacho, te has librado de quedarte sin sesos.

Mary no pudo resistir más la escena y se puso a chillar histérica.

—Tranquilízate, Mary —dijo Judy—. Estos hombres se van a marchar ya.

—Sí, muchacha —asintió Leslie—. Nos vamos a ir. Sólo vinimos para hablar contigo, para decirte que debes prepararte porque Bill Ollinger llegará esta noche, dentro de unas horas. Se casará mañana contigo.

—Pero ¿por qué he de casarme con un hombre del que no sé absolutamente nada? ¿Por qué me eligió a mí? ¿Por qué?

—Es cuestión del jefe. Ya te hablará él. —Leslie volvió a mirar a Pat—. Y tú, ayudante, hiciste muy mal en venir aquí. Debiste dejar que nosotros le diésemos la noticia. Eres un maldito soplón. La próxima vez que hagas otra, te ganarás una buena carga de plomo. Jeff y yo casi nunca damos aviso a nadie. Eres un tipo con suerte y lo eres porque está la novia del jefe delante, pero no abuses de tu buena estrella. ¿Lo entiendes?

Pat asintió débilmente porque Leslie seguía apoyando el cañón del revólver en su cabeza.

Leslie subió el brazo y lo bajó.

El cañón golpeó contra el cráneo de Pat, el cual se derrumbó.

Mary chilló de nuevo.

—¡Salvajes! —gritó Judy.

Leslie hizo una señal a Jeff y los dos emprendieron la marcha hacia la puerta.

Jeff se volvió en el último momento, y dijo:

—Demonios, Leslie. Palabra que el jefe tuvo buen gusto. Su novia tiene tanto busto como Bertha Palmer y tantas caderas como Susan Harlow.

Luego, los dos hombres salieron.

Cuando la puerta se hubo cerrado, Mary se dejó caer en un diván y se puso a llorar entre convulsiones.

Judy acudió al lado de Pat, mientras gritaba a Mary:

—Tranquilízate. Ya se fueron. No ha pasado nada.

—Pat está muerto. Lo han matado.

—No, está vivo. Sólo lo dejaron sin conocimiento.

—¿Estás segura?

—Claro que sí. Tráeme una toalla empapada… De nada sirven los lloros en un momento como éste, Mary.

Soltando hipos, Mary salió de la habitación y regresó al cabo de unos instantes con una toalla mojada, que Judy pasó por la cara del ayudante del marshall.

Pat se recuperó poco a poco.

—¿Dónde están? —preguntó mirando a su alrededor.

—Ya se fueron, Pat.

—Menos mal.

—Pat, ¿por qué tu jefe y tú habéis consentido esto?

—El marshall está alcoholizado —gimió Pat—. Lo estaba ya antes de que llegasen esos fulanos. Hasta ahora no existió ningún peligro en el pueblo y pudo seguir en el cargo, pero ya se acabó. En cuanto a mí, soy un ayudante, un colaborador del marshall con muy buena voluntad, pero, desgraciadamente, no tengo la rapidez con el revólver que se necesita para enfrentarse con tipos de la calaña de Leslie y de Jeff. Además, tal como están las cosas, ¿de qué serviría que el marshall y yo nos opusiésemos? Nos matarían y, aunque no ocurriese así, ya oíste que Bill Ollinger llegará dentro de unas horas.

Mary gritó:

—¡Tienes que huir, Judy!

—Ya vi a esos dos tipos y no serviría de nada… Hay que

solucionarlo de otra manera.

—¿De qué forma?

—El pueblo se tiene que defender de esa gentuza. El marshall debe hablar a los ciudadanos porque no pueden consentir que Bill Ollinger se haga el dueño de El Alto.

Mary habló con entusiasmo.

—Es cierto, Pat. Anda, ocúpate tú de eso. Habla con todos, explícales el asunto.

—¿Es que no oíste, Mary? Si trato de enrolar a la gente, esos dos fulanos lo sabrán y me matarán.

—Puedes llevar las cosas en silencio.

—Ya hice eso. Vine aquí con cautela. ¿Y de qué sirvió?

—Pero tú no los esperabas, Pat.

—Es cierto. Me sorprendieron y sirvió para pararme los pies.

Judy intervino, cortando la discusión:

—Pat tiene razón. Yo soy la interesada y, por tanto, quien debo hablar con la gente de la ciudad.

Pat se mojó los labios con la lengua.

—Tú debes comprenderlo. —Su voz era ronca—. No puedo hacer nada de momento. Pero el marshall y yo te ayudaremos, Judy. Puedo jurártelo. Sólo necesitamos tener detrás de nosotros a un grupo de hombres y nos enfrentaremos con Bill Ollinger. Vamos a impedir que te cases con él.

—Gracias, Pat.

El ayudante se sintió reconfortado.

—Pero sigo sin comprender por qué se quiere casar contigo ese hombre.

—Yo tampoco lo entiendo.

Mary también se había recuperado de su ataque de nervios.

—Eh, Judy —dijo—, creo que tengo la solución.

—Habla.

—En tu vida hay un misterio.

—¿Qué?

—Sí, está claro. Hay un misterio, un secreto que tú desconoces. Pero ¿de qué se trata?

—En mi vida no hay ningún misterio. Mis padres vinieron a este pueblo hace treinta años. El tuvo una cantina. Se murió de fiebres diez años más tarde cuando yo era una niña, y mi madre lo siguió

enseguida. Mi tío Isaías vino para ocuparse de la cantina y de mí, y el nunca me habló de nada misterioso con respecto al pasado. Como sabéis, cuando yo tenía diecisiete años murió mi tío Isaías. No me gustaba la cantina y la traspasé. Había seguido un curso por correspondencia de modista, de modo que me vine a esta casa y me puse a hacer vestidos para las mujeres de El Alto. Ésa ha sido mi vida. ¿Dónde está el misterio o el secreto?

Mary se encogió de hombros y agregó como si encontrase un argumento contundente:

—Está claro. Por eso es un misterio.

—Como no podemos resolverlo —repuso Judy—, será mejor que me dejéis para ir a hablar con los hombres del pueblo.

CAPÍTULO V

El almacenista Sam Borden, después de escuchar a Judy, dijo:

—Bill Ollinger es el peor asesino de Arizona y donde cae es como la langosta.

—Pero si se reúnen todos pueden acabar con él.

Sam Borden estaba por los sesenta años. Tenía el cabello muy blanco.

—Judy, pareces no darte cuenta de algo muy importante.

—¿De qué cosa?

—Bill Ollinger no viene aquí para sacarnos el dinero. Perdona que te lo diga, pero sólo viene a casarse contigo. Es un asunto personal entre él y tú, y no puedes involucrar al pueblo.

Judy se mordió el labio inferior.

—Verás, Judy —prosiguió Borden—, tenemos familia, mujeres y niños. Tú sabes que te apreciamos. Martha dice que eres una modista maravillosa, una gran chica.

—Gracias, señor Borden. Fue usted muy amable al repetir lo que dice Martha de mí.

Judy dio la vuelta y salió del almacén.

Sam Borden era el primer hombre con el que había hablado y ya había terminado de hacer las visitas.

Borden tenía razón. Aquel asunto no era cosa del pueblo. ¿Por qué iba a involucrar ella a todos los vecinos? Bill Ollinger estaba dispuesto a casarse con ella y no tenía idea de por qué Ollinger la había elegido. Pero así eran los hechos, por extraños que fuesen.

El marshall Tawson se acercó por la acera. No parecía muy sereno porque se bamboleaba un poco, pero eso era normal en él desde hacía algún tiempo.

—He de hablar contigo, Judy.

—¿Qué quiere, marshall?

—Es sobre tu asunto.

—No hace falta que diga nada.

—Tengo que decirlo o reviento.

—Está bien. Hable.

—No puedo ayudarte, muchacha. No puedo hacer nada.

—Ya lo sé. Me lo dijo Pat.

—Lo siento, Judy, lo lamento. Soy un pobre viejo.

—No diga eso, marshall. Usted no tiene más de cincuenta años.

—Sí, pero algo se me ha parado aquí dentro.

—Lo consumió la ginebra.

Las piernas del marshall se doblaron un poco, como si hubiese recibido un golpe, pero Judy prosiguió:

—Usted se ha hundido, pero lo ha hecho por sí mismo, sin que nadie lo empujara, y ahora trata de acallar su conciencia justificándose ante mí.

—Eres demasiado dura.

—No, marshall Soy como debo ser.

—Quizá tengas razón.

—Pero no se preocupe. Todo va a salir conforme a su deseo, señor Tawson.

—¿Qué quieres decir?

—He hablado con el almacenista. Traté de pedirle ayuda, pero me ha convencido de que debo seguir mi suerte.

—¿Quieres decir que te vas a casar con Bill Ollinger?

—No, señor Tawson. Eso no lo haré. No me casaría con ese tipo, aunque fuese el único hombre sobre la tierra.

—Entonces huye, Judy.

—Claro, usted me aconseja eso porque si me quedo les acarrearé complicaciones.

—Es por ti.

—No mienta, marshall. Si se interesase por mí, habría hecho frente a esos forajidos.

—Te voy a decir por qué no lo hice, Judy. Te lo voy a confesar a ti sola. —El marshall hizo un esfuerzo por proseguir—. Tengo miedo. Sí, Judy, tengo un miedo que no puedo dominar. Puedes echarle la culpa a la ginebra, pero es la pura verdad. Cuando vi a esos dos hombres, me derretí como un bloque de mantequilla.

—No siga, marshall. Por favor.

—Te doy náuseas, ¿eh?

—No tanto, marshall. Lo que usted me inspira es lástima.

Judy dio media vuelta y se alejó de Jud Tawson.

Estaba furiosa consigo misma. ¿Por qué había cantado las verdades al marshall? ¿Qué adelantaba con eso? Jud Tawson se había humillado ante ella, se había convertido en un gusano…

Oyó una fuerte cabalgada. Dos jinetes avanzaban al galope por la calle.

De pronto, tiraron de las bridas y saltaron de las monturas que palmearon haciéndolas desaparecer en el callejón del Esqueleto.

Los dos sacaron el revólver. Estaban llenos de sudor, sucios de polvo y, por un momento, Judy pensó que se trataba de otros dos hombres al servicio de Bill Ollinger.

—Donald —dijo el más alto—, no tardará en llegar ni cinco minutos.

—Sí, ese condenado redujo la ventaja, Joe.

—Pero le vamos a dar la ración de plomo.

—Sí, Joe, de eso no hay ninguna duda. Ponte tú a la derecha detrás del barril.

Estaba señalando la esquina del callejón del Saloon Blue.

—¿Dónde te situarás tú, Donald?

—Detrás de la empalizada del jardín.

Era el jardín de la viuda Calvert, que se dedicaba a vivir de las rentas y al cultivo de las flores.

Los dos hombres se separaron y fueron a ocupar su puesto.

Judy estaba muy cerca de la oficina del marshall.

Sí, aquellos dos hombres podían ser de la pandilla de Ollinger, y se habían apostado para matar a traición al que llegaba.

Se retiró unos pasos hacia la oficina del marshall y se detuvo en el porche, donde hacía sombra.

Se hizo un gran silencio en la calle, tan sólo interrumpido por los ladridos lejanos de un perro.

De pronto se oyó el galope de un caballo. Ya llegaba la víctima que los dos hombres estaban esperando.

Judy sintió que su pulso latía con más celeridad.

El jinete apareció por el recodo de la calle mirando a un lado y a otro, como si hubiese olfateado el peligro. Sin embargo, no

manejaba el revólver.

Judy estuvo a punto de gritar para advertirle, pero se percató de que el jinete estaba todavía lejos.

Miró hacia el barril donde estaba apostado Joe. No lo vio. Tampoco vio al otro, a Donald, por entre la reja del jardín de la señora Calvert. Se había tendido en tierra, pero asomaba el revólver. El jinete no podía ver el arma desde la distancia en que se encontraba. Era una trampa perfecta.

Judy notó que era un hombre joven de unos veintisiete o veintiocho años, de piel atezada. También él había sudado mucho y su vestimenta estaba llena de polvo rojizo. Tiró con suavidad de las bridas y su caballo fue a paso más corto.

Judy estaba nerviosa. El hombre situado detrás del barril seguía sin asomar una pulgada. Sólo podía ver a Donald, el tipo que estaba en el jardín de la señora Calvert. Pero ¿cómo podía alertar a la víctima? A pesar de que ella le avisase, estaría a merced de los dos hombres apostados.

—¡Cuidado! —chilló—. ¡Lo van a matar!

Fue entonces cuando empezó la cosa.

El hombre cazado estaba rodando y Judy no tuvo momento oportuno porque el tipo que estaba en el jardín de la señora Calvert se puso a disparar.

El individuo que estaba escondido detrás del barril también apareció y se puso a hacer fuego.

Judy lanzó una exclamación llevándose las manos a la cara.

El hombre cazado estaba rodando y Judy no tuvo la menor duda que lo hacía impulsado por las balas que picoteaban en su cuerpo.

Joe lanzó una carcajada.

—Sigue, Donald, sigue. Le estamos hacienda un buen cosido de plomo.

—Sí, Joe, y luego le tocará a la nena que trato de avisarle.

El hombre que estaba dando vueltas quedó de bruces y, de repente, como por arte de magia, su mano derecha empezó a vomitar fuego.

Capítulo VI

Joe tropezó contra el barril y cayó de cabeza en el interior, quedando con los pies en alto, unas piernas que se estremecieron levemente y que al fin quedaron inertes.

Donald se tambaleó y apretó dos veces el gatillo, pero sus balas se enterraron en el suelo, casi a sus pies, levantando una gran polvareda. Luego recibió un plomo en pleno rostro y cayó hacia atrás, aplastando un hermoso plantel de margaritas, de cuyo cultivo la señora Calvert era una gran especialista.

Todo quedó en silencio.

El perro que ladraba antes lo hizo ahora con más fuerza, aunque seguía estando muy lejos de allí.

Judy creyó que le había dejado de correr la sangre por las venas. Miró al hombre que había matado a aquellos dos fulanos. Ahora lo vio levantarse y dirigirse hacia ella. Su cara parecía de bronce y sus ojos eran negros y brillantes como ascuas.

El hombre subió al porche de la oficina del marshall y guardó el revólver.

—Gracias, señorita. ¿Puedo saber su nombre?

—Judy

O'Hara.

—Me ha salvado la vida.

—¿Quién es usted?

—Paul Ballard.

—¿Trabaja para Bill Ollinger? —Era la pregunta que a Judy le quemaba en los labios.

—¿Bill Ollinger? Oh, no, de ninguna forma.

—¿Para quién trabaja, entonces?

—Para nadie. Soy lo que se llama un hombre solitario. Me

refiero a mis negocios, claro, porque me gusta estar en buena compañía.

—¿Algún amigo?

—Oh, no de ninguna forma. No tengo amigos. Sólo amigas.

—Creo que le comprendo, señor Ballard.

Paul esbozó una sonrisa.

—Ahora, dígame: ¿por qué me ayudó, Judy?

—Porque quise evitar que dos hombres de Ollinger asesinasen al hombre que los seguía. A usted.

—Parece que ese nombre, Ollinger, lo tiene metido en la cabeza, pero siento contradecirla otra vez. Esos hombres tampoco trabajaban para Bill Ollinger. Verá, son dos tipos que robaron trescientos dólares a un matrimonio de ancianos. Era todo el dinero que ellos tenían. Yo, casualmente, pasé por su casa, y me lo contaron. Eso ocurrió el día anterior, de modo que me pudieron dar la descripción con claridad. Yo les dije que alcanzaría a los dos fulanos. Traté de hacerlo en un saloon de Álamo Gordo, pero ya alguien les había ido con el soplo y me recibieron a tiros desde la habitación en donde se encontraban. Lograron huir por la ventana y así empezó la persecución que acaba de terminar. Ahora, con su permiso, registraré a esos dos fulanos, pero, por favor, no se vaya.

Sin esperar una respuesta de Judy, se tocó el ala del sombrero a manera de saludo y se dirigió al muerto más cercano, el que estaba en el jardín de la señora Calvert.

Saltó la verja y se puso a registrar los bolsillos de Donald. Le encontró ciento setenta y cinco dólares.

En ese momento oyó una voz:

—Eh, usted es el causante de que me hayan estropeado el plantel de margaritas.

Paul Ballard dio la vuelta y se encontró con una mujer que estaba de mal humor. Tenía unos sesenta años y se cubría con un vestido de florecitas.

—Lo siento, señora, pero este hombre no me dio tiempo a rogarle que saliese de su jardín.

—¡Mis pobres margaritas! ¡Me las ha destrozado!

—Bueno, todavía le queda medio plantel.

—Yo quería tenerlo completo.

Paul Ballard apartó cinco dólares del dinero que acababa de

extraer del bolsillo de Donald.

—Aquí tiene, señora. En concepto de indemnización por el estropicio involuntario que le he causado.

La señora Calvert cogió el billete y lo miró por los dos lados.

—Parece bueno.

—Lo es.

La señora Calvert se quedó mirando el cuerpo sin vida que yacía en el suelo.

—¿Está muerto?

—Completamente, señora Calvert.

La viuda pegó un grito, echó a correr y se metió en su casa.

Paul Ballard no pudo por menos que sonreír, salió del jardín y se encaminó hacia el barril, en donde sobresalían y las piernas de Joe. Pegó una patada al barril y éste cayó y el cuerpo de Joe rodó por el suelo hasta quedar boca arriba.

Tranquilamente, Ballard lo registró como lo había hecho antes con Donald. Sólo encontró cincuenta dólares. Naturalmente, los dos forajidos habían gastado parte del dinero desde que lo robaron.

Judy, desde el porche de la comisaría, había visto asombrada el proceder de aquel hombre.

Paul se acercó otra vez a la joven y ella dijo:

—Está muy acostumbrado a tratar con muertos.

—No soy funcionario, si a eso se refiere.

—Es un
gun-man.

—Bueno, me han llamado eso algunas veces, y no tengo inconveniente en aceptarlo.

En aquel momento se abrió la puerta de la comisaría y el ayudante del marshall, Pat Bowdre salió andando lentamente. Su rostro estaba muy pálido. Tenía la mano sobre el revólver.

Paul Ballard desenfundó como una centella.

—No tire, amigo —dijo Pat.

—¿Por qué salió entonces con la mano en el «Colt»?

—Pura precaución —contestó Pat, y apartó la diestra del arma.

—¿Cuáles son sus intenciones, ayudante? ¿Va a detenerme porque maté a esos dos fulanos? Sepa que eran dos forajidos. Sólo les di el plomo que necesitaban para dejar de hacer fechorías.

—Si usted lo dice…

—Yo lo digo: Paul Ballard.

—Entonces no hay más que discutir.

El ayudante miró a Judy.

—Caramba, creí que Bill Ollinger había llegado al pueblo.

Paul frunció el ceño.

—Eh, ya veo que la obsesión no es sólo suya, señorita O'Hara.
¿Quién es ese Bill Ollinger?

—¿No ha oído hablar de él? —preguntó Pat, haciendo un gesto de asombro.

—¿Un senador?

—Oh, no. ¿De dónde ha salido usted, señor Ballard?

—Bueno, de muy lejos. De Wyoming. Me dirijo a México. Parece que allí se va a repartir hule y un amigo me mandó llamar.

—Entonces le diré que Bill Ollinger es el peor forajido de Arizona.

—Y viene hacia acá.

—Seguro. Llegará hoy, dentro de unas horas. Pero ya mandó a dos emisarios para darnos la noticia.

—Entiendo. Ese señor Ollinger quiere que le preparen el pueblo con guirnaldas, farolillos y otras chucherías.

—Es usted muy bromista, señor Ballard, pero aunque le parezca increíble, quizá nos obligue a adornar el pueblo para su boda.

—Vaya, es un hombre que quiere que el pueblo participe de su alegría. Eso está bien.

—Estaría bien si la novia estuviese conforme con aceptar a Bill Ollinger por esposo.

—Disparidad de criterios, ¿eh?

—Así es, señor Ballard. Judy O'Hara no quiere casarse con Bill Ollinger.

Paul desvió los ojos hacia la joven.

—¿Usted?

—Sí, yo soy la novia, señor Ballard, pero no me felicite.

—No, no la voy a felicitar. El ayudante acaba de decir que usted no está de acuerdo con ese matrimonio. Pero no es la primera vez que eso ocurre. Hay muchos esposos que se aman sólo después de haber transcurrido algún tiempo de casados.

—Mi caso es distinto, señor Ballard.

—¿En qué es diferente?

—En que yo no conozco a Bill Ollinger. Nunca lo he visto.

—Bueno, también hay matrimonios de esa clase. Me refiero a hombres y mujeres que se casan sin conocerse Ya sabe, un hombre pide una mujer a una agencia, como el que pediría una herramienta. En realidad, bien mirado, esos hombres necesitan más de una mujer que una herramienta de labranza.

Judy apretó los puños.

—Señor Ballard, usted no lo ha entendido. Jamás recibí una carta del señor Ollinger, y no he mantenido correspondencia con ninguna persona respecto a este matrimonio…

—¿Y qué razón existe entonces para que se case con él?

—Ninguna.

—Bueno, eso es lo que usted dice.

—Señor Ballard, le repito que no existe ninguna razón.

—Eh, Judy, no me hará creer que Ollinger haya adivinado su existencia por arte de birlibirloque y que por eso se quiere casar con usted.

Pat hizo chascar los dedos.

—¡Eso es, Judy! Alguien le habló de ti. No lo pensamos antes porque era la mar de simple. Le dijeron a Ollinger que eras una chica estupenda, una belleza, y que tienes otras virtudes. Sabes arreglártelas por ti misma y, que, como modista no tienes precio… El señor Ballard dio en el clavo…

Judy se quedó pensativa.

—No lo sé. Sigue pareciéndome muy extraño.

Oyeron un golpe. Por la esquina de la oficina apareció el marshall. Había tropezado con algo y se tambaleaba más que cuando lo había visto Judy.

—Bravo, Pat —dijo—. Acabo de ver los cadáveres. Hiciste un buen trabajo. ¿Lo ves, muchacho? Eres estupendo con el revólver. Es lo que me faltaba para reunir coraje. Sí, muchacho, ahora tú y yo vamos a hacer frente a los emisarios de Ollinger.

Nadie dijo nada y el marshall subió al porche y se echó a reír palmeando a Pat.

—Demostraremos a Ollinger que tú y yo sabemos cuidar a nuestros ciudadanos.

—Jefe, no fui yo.

—¿Qué?

—No fui yo quien se cargó a esos dos fulanos. Fue el forastero. Se llama Paul Ballard.

Tawson se había quedado serio mientras miraba a Paul, y sus labios se estremecieron.

—Perdone, señor Ballard, yo no sabía… No podía imaginar… En fin, me hará un favor si no le dice nada de esto al señor Ollinger.

Judy exclamó:

—¡Basta, marshall! ¿Cómo puede usted caer tan bajo? Está temblando de la cabeza a los pies, pero otra vez se equivoca. Paul Ballard ha dicho muy claramente que no trabaja para Ollinger.

El marshall se puso una mano en la frente y cerró les ojos con fuerza.

—Perdonen.

Entró en la comisaría y cerró la puerta tras de sí.

Pat dio un suspiro.

—Tengo que ocuparme de los cadáveres.

El ayudante bajó del porche para ir a la funeraria de Arthur Dancy.

Judy y Paul Ballard quedaron a solas.

—Hasta la vista, señor Ballard —dijo la joven.

—Eh, espere un momento.

—¿Qué quiere, señor Ballard?

—Seguir hablando de ese Ollinger.

—No le puedo decir nada más.

—¿De verdad no quiere casarse con él?

—¿Cómo quiere que se lo diga, señor Ballard?

—¿Cuántos hombres tiene Ollinger?

—No lo sé. Pueden ser quince o veinte. Ande, continúe su camino.

—Hice un largo viaje y me quedaré algún tiempo aquí.

—No debe quedarse.

—¿Por qué?

—¿No recuerda lo que le dije antes? Hay dos hombres de Ollinger en la ciudad. Es muy raro que no hayan aparecido después de sonar los disparos…

En aquel momento, como si la hubiesen oído, alguien hizo dos

disparos al aire, desde una ventana del Saloon Blue. Judy y el forastero no podían ver al hombre.

—¡Salga de su comisaría, marshall! —gritó Leslie Kirby.

Hizo otros dos disparos.

Judy y Paul habían interrumpido el habla.

El marshall Tawson salió de la comisaría hasta apoyarse en la baranda y miró a la izquierda, hacia el piso alto del Saloon Blue.

—¿Qué le pasa, Leslie?

—Eh, marshall, Jeff y yo estamos de juerga con una rubia y una pelirroja. No nos gustó nada que nos hayan interrumpido con disparos. Usted ya me entiende, marshall. ¿O necesita que se lo diga a golpes? Le advertí que aquí no había más ley que la nuestra. ¿Qué infiernos pasó?

—Lo siento, Leslie, yo no fui.

—¿No?

—Fue una refriega entre forasteros, pero le aseguro que ya no volverá a ocurrir.

—¿Está todo sin novedad, marshall?

—Seguro. Fue un pequeño incidente.

—Está bien, abuelo. Pero recuérdelo. No quiero jaleos en El Alto. Este pueblo debe ser pacífico hasta que llegue Bill Ollinger. Entonces habrá juerga a lo grande.

Judy y Paul Ballard continuaban inmóviles en el porche y, por tanto, Leslie tampoco los podía ver.

El marshall retrocedió.

—Menos mal que lo pude arreglar, señor Ballard —dijo.

—Fue usted muy amable.

—De nada. Cuando puedo hacer un favor lo hago. El marshall volvió a desaparecer en la oficina. —Judy— dijo Ballard al volver a quedar a solas con la joven. —¿Habló usted con esos emisarios?

—Sí, claro, pero sólo se refirieron al matrimonio y no les pude sacar otra palabra. En ese momento se encontraban conmigo una cliente y el ayudante del marshall. Esos hombres golpearon a Pat hasta hacerle brotar sangre de las narices. Pat quiso ayudarme. Me dijo lo que Ollinger se proponía y me aconsejó la huida, pero esos hombres me lo quitaron de la cabeza.

—¿Qué hay de los ciudadanos?

—No puedo contar con ellos. Sólo hablé con uno, el almacenista,

pero dijo algo muy sensato.

—¿Qué cosa?

—Que ellos tienen mujeres e hijos y que, al fin y al cabo, Ollinger no tiene nada contra El Alto, sino conmigo. Sólo faltó que me diese la bendición, y que me desease mucha felicidad y muchos hijos.

—Está bien. Iré a hablar con los fulanos.

—¿Eh?

—Al parecer, sólo ellos me pueden informar.

—No haga eso.

—¿Por qué?

—Lo matarán.

—Soy un hombre muy tratable, y por tanto me portaré amablemente con ellos.

—Pero ellos no lo recibirán bien.

—No se pierde nada con probar.

—Señor Ballard, usted no está obligado conmigo.

—¿Cómo que no estoy obligado? Usted me salvó la vida.

—No tuvo importancia. Otra persona lo habría hecho como yo. Me limité a gritar.

—Gracias a ese grito sigo respirando. De modo que déjeme hacer. ¿Dónde va a estar usted para darle noticias acerca de mi entrevista con esos hombres?

—Señor Ballard, me temo que usted y yo no nos volveremos a ver.

—Suponga que hay posibilidad de que usted y yo sigamos hablando. ¿Dónde la busco?

—En el número 13 de esta calle.

—Buen número.

—Dicen que da mala suerte.

—Da la casualidad de que es mi favorito. Verá, yo nací un trece de diciembre y fui al decimotercer hijo, y la primera vez que maté a un hombre tenía trece años.

Paul Ballard se alejó de Judy dejando a la joven sorprendida.

Entró en el Saloon Blue y se dirigió al mostrador.

—Un *whisky* —pidió a un tipo de largas patillas.

El patilludo le sirvió el *whisky*.

Ballard bebió un trago y luego dijo:

—Busco a los dos emisarios de Bill Ollinger.

—Están arriba, en una habitación con dos girls. Dijeron que no se les molestase.

—Pero ellos y yo tenemos un negocio en común. No se preocupe. Seré bien recibido.

—Si es así, allá usted. Habitación ocho.

—Gracias, hermano. ¿Qué le debo por el vaso?

—Diez centavos.

Paul Ballard pagó quince centavos y se encaminó a la escalera que había al fondo. Subió por ella y cruzó un corredor con habitaciones a ambos lados. Se detuvo en la marcada con el número 8 y la golpeó con el puño.

CAPÍTULO VII

—¿Quién está ahí? —preguntó una voz ronca.

—El matón.

—¿Cómo?

—El que ha liquidado a dos tipos ahí fuera.

—Eh, ¿cuál es su nombre?

—Paul Ballard. —¿Qué quiere, Ballard?—. Abra y lo sabrá. Paul oyó una risa chillona.

—Leslie, vamos a conocer a ese tipo. Debe ser bueno. —Sólo tenemos dos mujeres y no me gusta que nos molesten.

—Pero nos falta un poco de diversión.

—Sí, eso es cierto.

Baúl Ballard oyó unos pasos y se abrió la puerta. Vio a un hombre que le estaba apuntando con un revólver.

—Soy Leslie Kirby, y mi amigo es Jeff Fetterman, Ballard. Trabajamos para Bill Ollinger.

—Enhorabuena.

—Y éste es un revólver que le está apuntando al ombligo.

—¿Qué le pasa, Leslie? Vengo a proponerle un negocio y no creo que sea la mejor forma de recibir a una persona que les va a llenar los bolsillos de dinero.

Leslie enarcó las cejas.

—¿Un negocio?

—Eso dije.

Leslie titubeó unos instantes, pero al ver que el revólver de Ballard estaba en la funda, guardó el suyo e hizo una señal con la cabeza.

—Está bien, pasa, Ballard.

—Gracias, muchacho.

Paul entró en la habitación y cerró a sus espaldas.

Vio a Jeff, el tipo de la risa nerviosa. Tenía el brazo sobre los hombros de una rubia con busto desarrollado. La otra mujer era una pelirroja de mejillas chupadas y sus senos también eran grandes.

En una mesa descansaba una botella de *whisky* mediada y algunos vasos.

—Está bien, Ballard —dijo Leslie—. Ya terminaste el examen. ¿Cuál es el negocio?

Paul sacó su fajo de billetes y apartó dos de a cinco dólares. Uno lo puso a la derecha de la mesa, cerca de Leslie, y el otro en el extremo opuesto, al lado de Jeff.

—Ése es el negocio. Cinco dólares para cada uno y a cambio haréis un poco de esfuerzo.

—¿Qué cosa?

—Sólo quiero información. —Continúa. ¿Qué clase de información?—. Quiero saber por qué Bill Ollinger se quiere casar con Judy
O'Hara.

Los dos hombres se quedaron de una pieza. —Eh, Ballard, ¿hablas en serio?— gruñó Leslie.

—Completamente. ¿Por qué habría de hablar en broma?

—¿Qué tienes que ver con esa chica?

—¿Yo? Nada.

—Quiero que me digas la verdad.

—No conocía a Judy
O'Hara
hasta hace un rato. Ella me salvó la vida. Vine en busca de unos forajidos. Me tendieron una trampa, y ella me avisó. Liquidé a los muchachos. Luego, al hablar con ella, me contó lo de Bill Ollinger.

—Cuanto más hablas, más asombrado estoy, Ballard.

—¿Por qué?

—Porque eres el tipo más atrevido que conocí en mi vida. ¿Le dijiste a Judy
O'Hara
que venías aquí?

—Sí.

—¿Y qué te dijo ella?

—Trató de quitármelo de la cabeza. Me advirtió sobre vosotros,

que erais unos tipos de cuidado.

Leslie se pasó una mano por la cara.

—Eh, Jeff, ¿estás oyendo lo mismo que yo?

—Palabra por palabra.

—Dime, Jeff, ¿qué clase de hombre crees que es Paul Ballard? ¿Idiota? ¿Tonto? ¿Retrasado mental?

—Yo voto por el retraso mental.

—Sí, eso debe ser, Jeff. Se nos metió en la habitación un idiota.

—Pero nosotros somos el par de doctores que nuestro amigo Ballard necesita para ponerle los sesos como los debe tener.

—¿Qué se te ocurre, Jeff?

—Hacerle una trepanación. ¿Se dice así, Leslie?

—Sí, Jeff. Trepanación.

Paul sonrió.

—Eh, muchachos, no hace falta ponerse de esa forma. Yo soy un hombre pacífico que vino aquí a hacer unas preguntas que vosotros podéis contestar sin que cambien las cosas. ¿Qué trabajo os cuesta decirme por qué Bill Ollinger se quiere casar con Judy O'Hara, cuando ella no lo conoce siquiera?

—Te voy a dar la respuesta que necesitas.

—Eso está mejor. Ya podéis coger los billetes.

—Paul, nosotros no sabemos nada.

—¿Qué?

—Ya lo has oído, Ballard. Vinimos aquí a cumplir la misión, pero Ollinger no nos explicó por qué se va a casar con Judy O'Hara.

—Eso es absurdo.

—Te parecerá todo lo extraño que quieras, pero Bill lleva este asunto con mucho secreto.

—¿No se lo ha dicho a nadie?

—No.

—¿No eres tú el brazo derecho de Ollinger?

—No. Ese lugar lo ocupa Andy Ponce, pero Jeff y yo gozamos de la confianza de Ollinger. Por eso vinimos aquí, para preparar las cosas.

Paul exhaló el aire de sus pulmones y chascó la lengua.

—Entonces lo siento por vosotros porque vuestra respuesta no

vale ni un centavo.

Cogió los billetes de la mesa y los volvió a guardar en el bolsillo.

Ese gesto produjo aún más perplejidad en Leslie y Jeff. Fue el segundo quien rompió el silencio.

—¿Cuánto dinero tienes en el bolsillo, Ballard?

—Unos quinientos contando con lo que saqué a los dos muertos.

Jeff se mojó los labios como un gato hambriento. Sus ojos adquirieron un nuevo brillo.

—Leslie, tendré que pellizcarme para saber que estoy despierto.

—Estás bien despierto, Jeff.

—Yo no creo en Papá Noel, ¿y tú, Leslie?

—Tampoco, pero ya voy a creer en él, porque a esta habitación llegó hace un momento el mismísimo Papá Noel para hacernos un regalo.

—Chicos —dijo Ballard—, estáis un poco equivocados con respecto a la fecha en que Papá Noel llega a nuestro país con un saco cargado de regalos. Falta mucho para diciembre.

—No, muchacho —repuso Leslie—. Ya estamos en diciembre porque vamos a recibir nuestro regalo. Tus quinientos dólares.

—¿Me los vais a quitar?

—Eso va a depender de ti. Anda, saca el dinero y ponlo encima de la mesa.

—¿Y luego?

—Después das media vuelta y te marchas.

—Supón que no obedezco. ¿Qué va a pasar?

—Jeff y yo sacaremos el revólver y te meteremos en el cuerpo tal cantidad de plomo que tendrás que operarte antes de meterte en el ataúd. Naturalmente, procuraremos que las balas no entren en los bolsillos para que no quemen los billetes.

—No dais mucho para elegir.

—Claro que sí, Ballard. Tú solo tienes que entregar e] dinero y seguirás viviendo tu vida de perro.

—Me temo que no puedo daros el dinero por las buenas.

La pelirroja y la rubia estaban muy serias hacía rato, desde que aquella conversación tomó un giro dramático. La rubia se apartó de Jeff como si se encontrase al lado del mismo demonio.

—¡Ya! —gritó Leslie.

El y Jeff tiraron del revólver.

Paul Ballard sacó también. La habitación se llenó de disparos, de humo y las dos mujeres se pusieron a pegar chillidos.

CAPÍTULO VIII

Judy estaba nerviosa, mordiéndose las uñas cuando ovó los disparos procedentes del piso alto del Saloon Blue.

Su cuerpo se estremeció. Ya habían matado al forastero, a Paul Ballard.

Se sintió poseída por una sorda rabia interior. Apretó los dientes hasta hacerlos rechinar. ¿Por qué aquel hombre había tenido que ser el que se enfrentase con los forajidos cuando la ciudad contaba con un marshall y un ayudante? ¿Por qué no se pusieron los tres de acuerdo para ir al Saloon Blue? Pero ya era demasiado tarde, y Paul lo había dicho claramente. El era un hombre solitario.

Llamaron a la puerta y acudió a abrir pensando que sería Pat, que venía a darle la triste noticia de la muerte del forastero.

Pero no era éste, sino la señora Harrison que hablaba por los codos, y que estaba demasiado gruesa, por lo que resultaba una cliente difícil, ya que achacaba su gordura a los defectos de la confección.

—Hola, Judy. No sé lo que pasa en el pueblo. Hay demasiados disparos. Algún loco se nos coló en El Alto. Espero que el marshall le de su merecido. He traído puesto el vestido que me hiciste para que puedas corregir los errores.

—¿Qué errores, señora Harrison?

—Mírame por aquí, por la cadera. Me abulta mucho. Me da la sensación de que soy una mujer gruesa.

—Es que lo es usted.

—¿Qué?

—El vestido le cae muy bien, señora Harrison, teniendo en cuenta su obesidad.

Los ojos de la señora Harrison se abrieron al máximo.

—Judy, ¿qué estás diciendo? ¡No pude imaginar que fueses tan mal hablada!

—No hablo mal, señora Harrison. Me he referido solamente a los defectos de usted, a su grasa. Yo hago todo lo posible por mejorar su tipo.

—¡Judy, tú y yo hemos terminado para siempre!

—Como usted quiera, señora Harrison.

—¡No volveré a poner los pies en tu casa! ¡Jamás me han hablado en los términos que tú lo has hecho!

La señora Harrison salió pegando un portazo.

Judy dio un suspiro de alivio, a pesar de que había perdido una cliente. Bueno, con el tiempo la señora Harrison volvería de nuevo. Todas sabían que ella, Judy, era la mejor modista de El Alto. Pero ¿estaría allí para cuando volviese la señora Harrison? Oh, no, de ninguna forma. Por unos momentos había olvidado su situación. Bill Ollinger se casaría con ella y la llevaría a la fuerza hacia el Norte, en donde Bill era el amo de muchos pueblos.

Otra vez llamaron a la puerta.

Pensó que sería la señora Harrison que venía a disculparse, porque quizá había comprendido su problema.

Abrió y se quedó sin habla, inmóvil como una estatua. El hombre que estaba en el hueco era Paul Ballard, quien le sonrió.

—Hola, Judy. Debo decirle que usted acertó… Esos hombres no me trataron muy amablemente, a pesar de que yo planteé el asunto con delicadeza. En fin, nos liamos a tiros.

Judy tragó saliva.

—¿Y ellos?

—Leslie recibió una bala en la cabeza. Ahórreme los detalles. En cuanto a Jeff, no tuvo mejor suerte. Se le paralizó el corazón por culpa de otro proyectil.

Judy se tambaleó y Paul se apresuró a cogerla por la cintura.

—¿Se va a desmayar?

—Creo que sí.

Paul la apretó suavemente contra su pecho.

—Aquí estoy yo para sostenerla. Ya puede desmayarse.

Judy se dejó abrazar y así permaneció unos instantes.

Paul habló junto a su oído.

—Creo que estará mejor en la cama. Dígame dónde está el

dormitorio.

Aquellas palabras hicieron reaccionar a Judy, la cual dio un salto desprendiéndose de las manos de Ballard.

—¿Qué logró saber, Paul?

—¿Acerca de su matrimonio con Bill Ollinger?

—Claro.

—Ésa es la parte en la que fracasé. No me pudieron decir nada.

—Claro. Si los mató no pudieron hablar.

—No, no es eso, Judy. Pregunté antes de que empezasen los tiros, y Leslie me dio una respuesta muy concreta. Dijo que ni él ni Jeff sabían por qué Bill Ollinger la había elegido a usted por esposa, y estoy seguro de que era verdad.

—Se arriesgó demasiado, señor Ballard.

—Lo hice con gusto. Había contraído con usted una deuda.

—Pues ya la pagó. Márchese.

—Dígame antes qué va a hacer usted.

—No lo sé. Todavía no lo he pensado.

—Entonces yo le daré una idea. Se irá del pueblo y yo la voy a acompañar.

—¿Usted?

—Sí, no tengo otra cosa que hacer.

—Creo que tiene razón. No puedo quedarme aquí. Bill Ollinger no tardará en llegar.

—Ande, prepare sus cosas y salgamos cuanto antes.

—Tengo que cobrar unas facturas, pero sólo invertiré unos treinta minutos.

—¿Tiene un caballo?

—No.

—Yo le compraré uno.

—Pero yo lo pagaré de mi bolsillo.

—Se lo regalaré.

—No, no puedo aceptar.

—Como usted quiera. Ya me lo pagará luego. Dígame dónde hay un buen establo.

—El de Mike Lampan. Está al final de la calle, al lado de la herrería por donde usted llegó al pueblo.

—Iré a hablar con él, pero no se entretenga demasiado con sus facturas. A propósito, ¿adonde quiere que la lleve?

La joven se quedó indecisa.

—Pues no lo sé.

—Debe tener algún familiar.

—No.

—¿Ningún hermano? ¿Ningún tío? ¿Algún primo?

—No conozco a ningún familiar.

—Entonces yo seré quién decida en qué pueblo se queda. Lo importante es que nos larguemos de El Alto como unas doscientas millas.

—Será un viaje largo. ¿No le parece?

—Sí, pero es preferible que se aleje cuanto pueda de Bill Ollinger. Ya se puede imaginar que cuando él sepa que no está aquí, tratará de darnos alcance.

—Oh, sí.

—Hasta luego, señorita
O'Hara.
Yo iré al establo.

Paul hizo un saludo a la joven y se dirigió a ver a Mike Lapman.

Éste era un hombre de sesenta años que se cubría con una sucia camiseta y con pantalones que le venían demasiado anchos.

Paul examinó los caballos que Mike vendía y discutió con éste el precio del que le pareció más bueno. Llegaron a un acuerdo y Ballard pagó por el animal y por los arreos.

Estaba ensillando el caballo comprado cuando vio aparecer al marshall Tawson.

—Ballard —dijo—, quiero hablar con usted.

—¿Sobre qué, marshall?

—He visto lo que usted hizo en la habitación número ocho del Saloon Blue.

—¿Se quejó el dueño porque le estropeé las paredes del cuarto?

—No sea bromista, Ballard —sonrió débilmente el marshall—. Usted hizo un buen trabajo y lo felicito por ello.

—Gracias, jefe.

Towson carraspeó con fuerza.

—Quiero nombrarle ayudante, Ballard.

—¿Ya se quedó sin el otro?

—No, pero Pat necesita un colaborador.

—¿Pat o usted, marshall?

—Bueno, voy a admitir que yo también lo necesito. Le pagaré treinta dólares, comida y cama. Y un dólar por cada detenido.

—¿Y cuánto me va a ofrecer por matar a Bill Ollinger?

—¿Qué?

—Ha oído bien. ¿Cuánto me va a pagar por matar a Bill Ollinger?

—Podría ofrecerle hasta doscientos dólares. Cien de mi bolsillo y cien de la caja.

—No hay acuerdo, marshall.

—Le daré más dinero.

—No, marshall, no es cuestión de dinero. Quise hacerle la pregunta acerca de Bill Ollinger porque es ese forajido el que le quita el sueño. Ahora bromeaba. No pienso quedarme aunque aumente su oferta.

—Tiene que quedarse, Ballard.

—¿Por qué?

—Porque es usted la persona adecuada para enfrentarse con Ollinger.

—Oh, sí, yo maté a dos de sus hombres y por eso cree que puedo liquidar a Ollinger y a toda su pandilla.

—Pat y yo estaremos a su lado.

—No me haga reír, marshall Eso es lo que usted dice, pero a la hora de la verdad dudo mucho que lo hagan. Pero no estaré aquí para saber si tendrán el valor suficiente para cumplir con su obligación. Es un problema suyo, marshall, y yo nada tengo que ver con él.

—Se va con Judy, ¿eh?

—Sí, me voy con Judy porque la muchacha le pidió ayuda a usted y a un representante de los ciudadanos y nadie se la dio. Ella está aquí de sobra. Buena suerte, marshall.

Tawson sacudió la cabeza.

—También se la deseo para usted, Ballard. Dio media vuelta y salió del establo. Paul hizo un encogimiento de hombros y continuó preparando la montura que debía utilizar Judy.

Cuando hubo terminado, lió un cigarrillo y fumó a pequeñas chupadas, pensativo.

Terminó de fumar y poco después entró Judy llevando una maleta. Venía sofocada.

—Me di toda la prisa que pude, Paul.

—Sólo pasó un poco de los treinta minutos.

Paul cogió la pequeña maleta de Judy y la aseguró en la silla.

—Es un bonito animal —dijo la joven.

—Entiendo un poco de caballos. Ande, suba —puso las manos como estribo para ayudar a la joven a montar en la silla.

Estaba en esa posición inclinada, cuando oyeron la voz del marshall.

—Quédese tal como está, Ballard.

Paul levantó la mirada y Judy volvió la cabeza.

Jud Tawson no se encontraba solo. Le acompañaban tres hombres. El almacenista Sam Borden, el herrero Cari Banner, y el agente de Bienes Raíces, Peter Morgan. Los cuatro empuñaban el revólver.

CAPÍTULO IX

—Eh, ¿qué les pasa a ustedes? —preguntó Paul Ballard enderezándose.

—Pasa que ustedes no van a salir de aquí —contestó el representante de la ley.

—¿Y por qué no?

—El señor Borden se lo dirá.

Sam Borden, el almacenista, tosió un par de veces y dijo:

—Señor Ballard, usted es un forastero.

—Sí, soy un forastero. ¿Y qué tiene que ver eso con la actitud de ustedes?

—No está al corriente del problema que tiene planteado este pueblo.

—¿Se refieren a Judy?

—Sí.

—Entonces conozco ese asunto. Bill Ollinger se quiere casar con ella. Es la razón por la que Judy y yo nos largamos.

—Su lógica contiene un error y nuestra idea es la buena.

—¿Y cuál es la suya?

—Que Judy se debe casar con Bill Ollinger.

La joven, que hasta entonces no había intervenido, estalló:

—Señor Borden, es usted un insensato. ¿Cómo me voy a casar yo con un forajido?

—Porque no podemos sufrir las consecuencias de tu fuga.

—¿Qué?

—No hace falta poseer mucha imaginación para saber lo que va a ocurrir en este pueblo si llega Bill Ollinger y no te encuentra.

—Imagino que saldrá detrás de mí.

—Sí. Enviará unos cuantos hombres tras de ti y es posible que

también él mismo emprenda la persecución. Pero no lo hará en el primer momento porque querrá cerciorarse de que le decimos la verdad. Hará una comprobación y será a su manera. Empleando métodos brutales con nosotros, o con nuestras mujeres, o con los niños. Y no se contentará con eso. Nos exigirá dinero hasta arruinarnos. Bill Ollinger destrozará el pueblo o lo incendiará cuando sepa que tú te has marchado, Judy. Es lo que va a ocurrir si te vas, y ésa es nuestra lógica, señor Ballard, la buena.

—Continúe, señor Borden —dijo Paul.

—No hay mucho más que agregar.

—Creo que sí. ¿Qué van a hacer con nosotros?

—Ya lo hemos decidido. Tuvimos tiempo de discutirlo cuando Judy fue a casa de la señora Calvert para que le pagara la factura y dijo que se marchaba con usted, señor Ballard.

—¿Puedo conocer estas decisiones?

—Judy se quedará en su casa, pero será vigilada.

La modista chilló:

—¡Es usted un miserable, señor Borden! ¡Todos ustedes lo son! ¡Unos malditos cobardes! ¿Por qué me quieren entregar a Bill Ollinger a la fuerza? Son un centenar y todos ustedes tienen armas o se las pueden procurar.

—No podemos luchar contra Ollinger y veinte o más de sus forajidos. Ellos son profesionales del gatillo, asesinos sin conciencia, tipos que manejan las armas como nadie. ¿Qué quieres, Juddy? ¿Que El Alto se convierta en un cementerio?

Judy guardó silencio.

El herrero Cari Banner dijo:

—No, no vamos a consentir eso, Judy. Al fin y al cabo, Bill Ollinger sólo quiere una cosa, casarse contigo. Luego se marchará llevándote con él, y El Alto seguirá siendo un pueblo próspero. No tenemos la culpa de que entre tú y Ollinger haya existido alguna cosa.

—¡Nunca hubo nada! ¡Repito que no conozco a ese hombre!

—Algo ha de haber que tú quieres silenciar, pero comprendemos tus prejuicios. De modo que, no hace falta que lo digas.

Paul Ballard intervino:

—Han dicho lo que van a hacer con Judy, y parece ser que tomaron las medidas para que no les falle el secuestro de la

muchacha. Está bien, caballeros, ustedes tienen un problema y ya lo solucionarán. Ahora yo me marcho.

—No, Ballard —dijo Sam Borden—. Usted tampoco se puede ir.

—¿No? ¿Por qué?

—Usted mató a dos hombres de Bill Ollinger.

Paul entornó los ojos.

—Maté a esos dos hombres de Ollinger en legítima defensa. Hay dos girls del Saloon Blue que lo pueden testimoniar.

—En este caso no nos importa que los matase en legítima defensa o por la espalda. El caso es que los mató.

—Creo que empiezo a comprender, señor Borden. Me quieren entregar a Ollinger.

Judy gritó:

—¡Eso es una monstruosidad, señor Borden! Este hombre sólo trató de ayudarme y por eso fue a hablar con los emisarios de Bill Ollinger. Ellos lo quisieron matar y él sólo hizo que defenderse.

—Se complicó innecesariamente la vida. ¿Por qué tenía que meterse él en un asunto que no le incumbía?

—Yo le salvé la vida.

—Sí, estamos enterados de eso, Judy.

—Quiso pagar su deuda. Sólo encontró una manera de hacerlo. Informarse del motivo que tiene Ollinger para casarse conmigo.

—Todo eso lo entendemos, pero nosotros nos limitamos a las consecuencias, Judy. Además, no has tenido en cuenta algo muy importante.

—¿Qué cosa, señor Borden?

—Este hombre sabe manejar muy bien el revólver. Tiene la pistolera baja.

—Es un
gun-man.
El lo admitió.

—Sí, un
gun-man,
o un forajido, o un pistolero, o un salteador de caminos. ¿Qué importa lo que sea?

—Interesa mucho porque quizá no sea nada de lo que usted dice —repuso Judy—. Por si no lo saben, los dos hombres que primero mató habían robado a un matrimonio de ancianos. Paul Ballard

vino detrás, de ellos para recuperar el dinero.

—Es lo que él te contó, Judy, pero tú no puedes apostar honradamente un solo centavo de que esa historia sea cierta.

—Señor Borden, Paul Ballard es un hombre hábil con el revólver. Eso lo admito. Únanse a él, formen un comité para enfrentarse a Bill Ollinger.

—No, Judy, no haremos tal cosa porque sólo tendríamos a un solo hombre, a Ballard, con la habilidad necesaria para enfrentarse a Ollinger. No pondremos en peligro la vida de los ciudadanos, de nuestras mujeres o de los niños.

—Siempre están hablando de lo mismo, señor Borden, de las mujeres y de los niños. Ande, cuénteles a ellos lo que está pasando y apuesto a que la mayoría se sentirán avergonzados de ustedes.

—Somos personas sensatas y obramos prudentemente.

—Obran con cobardía.

—Lo siento, Judy, pero las cosas van a suceder como nosotros hemos decidido que pasen.

—Entiendo. A mí me sacrifican para que me case con Ollinger, y a Paul Ballard lo entregarán a Bill para que pueda convertirlo en una piltrafa.

Nadie dijo nada.

Paul Ballard se dirigió al marshall. —Jefe, ¿se da cuenta de lo que está ocurriendo aquí? Tawson se pasó una mano por la frente —. No puedo hacer nada. —¿No puede o no quiere?

—Hay acontecimientos para los que uno no está preparado, Ballard.

—Es usted un inútil, marshall.

—No, no lo soy. Voy a ser útil porque impediré que el pueblo de El Alto viva la peor catástrofe de su historia.

—¿Adonde me llevará, marshall?

—A una celda.

—¿Me tendrá encerrado allí hasta que llegue la hora de que Bill Ollinger resuelva cómo liquidarme…?

No, no hace falta que diga nada. De acuerdo. Iré con usted.

Se volvió hacia Judy y la miró a los ojos.

—No te preocupes, Judy. Un pueblo de cobardes nunca ha conseguido su objetivo. Ellos piensan que se van a librar de Ollinger, pero cuando él se de cuenta de lo que ha pasado aquí, no

perderá su oportunidad. No, no se va a conformar con casarse contigo y con retirarme de la circulación. Querrá algo más.

Los estaba distrayendo para sacar el revólver. Ahora también tiraría a matar, lo mismo que antes, porque aquellos hombres no le merecían ningún respeto, y además eran cuatro, y ellos también le mandarían balas mortíferas.

Iba a tirar del revólver, cuando el marshall dijo:

—Me siento viejo, pero no soy ningún estúpido, Ballard. Usted va a sacar, pero los cuatro le estamos apuntando. Ande, toque la culata y aunque sea muy rápido lo llenaremos de agujeros. Será mejor que desista y que retire la mano de la pistolera.

Paul Ballard obedeció porque pensó que a nada conducía su muerte. Judy se encontraría sola y nadie podría impedir que ella fuese de Bill Ollinger.

—Ponga ahora las manos sobre la cabeza —dijo el marshall.

Paul siguió también aquella orden.

—Andar Sam —dijo Jud Tawson al almacenista— ve por detrás de él y quítale el arma.

Borden se movió lentamente, siempre apuntando a Paul con su «Colt». Cuando estuvo detrás no se acercó demasiado, sino que alargó la mano y le quitó el revólver.

Paul esperó inútilmente una oportunidad para impedir ser desarmado, pero se encontró sin el revólver y apretó las mandíbulas rabioso porque aquellos cobardes habían logrado su propósito.

Judy echó a correr, sollozando y Sam Borden gritó:

—Cari, Peter, id con ella, y tened en cuenta que no puede salir de su casa.

El herrero y el agente de Bienes Raíces salieron corriendo detrás de Judy.

Paul miró con rabia y desprecio a Borden y al marshall.

—Deben de estar muy satisfechos porque han hecho su gran jugada.

—No hemos podido elegir —contestó Sam Borden.

—No diga eso, almacenista. Todos los pueblos tienen una alternativa en cualquier momento. Es muy cómodo conformarse, decir que no se puede hacer otra cosa, pero, como les dije antes, ustedes lo pagarán. Cuando eso ocurra, sentiré mucho no estar vivo para reírme de ustedes.

—Ríase dentro de una celda. Ande, eche a andar. Lo vamos a llevar a la oficina del marshall.

Paul se puso en marcha, pasando por entre Borden y el marshall, los cuales le seguían vigilando atentamente.

Llegaron a la oficina. Pat no estaba allí.

El marshall cogió el llavero de la pared y abrió la celda del fondo, en la misma estancia.

—Entre, Ballard.

Paul pasó a la celda y el marshall se dio mucha prisa en cerrar la puerta y dar la vuelta a la llave.

Sam Borden dio un suspiro y, mientras se enjugaba el sudor de la frente con un pañuelo, dijo:

—Bien, ahora sólo tenemos que esperar a que Bill Ollinger llegue.

CAPÍTULO X

Pat entró en la oficina del marshall y vio por entre las rejas a Paul Ballard, tendido en el jergón.

Su jefe estaba sentado tras de la mesa.

—Entonces, resulta que es cierto.

—¿A qué te refieres, Pat?

—A lo que estoy viendo. Han detenido a Paul Ballard.

—Sí.

—¿Bajo qué cargo?

—Nadie se puede tomar la justicia por su mano.

—¿Se refiere a que mató a los dos hombres de Bill Ollinger?

—Y a los otros dos.

—Lo hizo en legítima defensa.

—Tú no estabas en la calle ni en el Saloon Blue para saberlo.

—¿Por qué no dice la verdad, jefe? Usted y yo lo sabemos. Van a entregar a Judy y también sacrificarán a este hombre para que Bill Ollinger sea comprensivo con El Alto.

—De acuerdo, Pat. Es eso. ¿Tienes algo que oponer?

—Mucho. Están dispuestos a entregar a Judy y a Ballard a Bill Ollinger, y será lo mismo que meterlos en el matadero. Les están tratando como si fuesen reses.

—¿Ya terminaste el discurso?

—Podría decirle otras cosas, marshall, pero sería inútil.

—Entonces descansa y tómalo con calma.

Pat sacó el revólver con rapidez.

El marshall se quedó sorprendido.

—Pat, guarda el «Colt».

—No, jefe, no le voy a obedecer.

—¿Qué pretendes?

—Voy a soltar a Paul Ballard.

—Te lo prohíbo.

—Usted puede decir lo que quiera, pero Ballard va a recuperar su libertad porque fue detenido injustamente.

—No seas estúpido, Pat. No podemos soltarlo. Es un hombre peligroso. Trataría de librar también a Judy.

—Me alegraré de que lo consiga.

—Se marcharán del pueblo y, probablemente, Paul Ballard tendrá que matar a alguien más.

—Ustedes se lo habrán ganado.

—Si nos quedamos sin Judy y sin Ballard, Bill Ollinger nos lo hará pagar a todos. A ti, a mí y a la gente inocente.

—No empiece a hablar otra vez de las mujeres y de los niños. Ya escuché a Sam Borden.

El marshall miró de reojo hacia la celda y vio que Paul seguía quieto, tendido en el camastro. Dormía.

—Eh, Paul, despierte.

Paul empezó a moverse.

—Paul, he venido a libertarle —exclamó Pat.

Ballard puso los pies en el suelo y se restregó los ojos.

—Caramba, ¿qué es lo que pasa ahí?

El marshall gritó:

—¡Pat, no lo hagas! Si este hombre sale de ahí, estaremos perdidos. Ollinger hará aquí un terrible escarmiento. Piensa en Mary. Sí, muchacho, piensa en la mujer que quieres, con la que te casarás un día u otro. Mary es bonita, atractiva.

—Cállese, jefe.

—A los nombres de Bill Ollinger les gustan las mujeres como Mary. En cuanto uno de ellos se percate de su existencia, se propasará con ella.

—¡No ocurrirá tal cosa!

—¿Cómo sabes que no, Pat?

—Le diré a Mary que no salga de casa.

—Ellos preguntan, indagan sobre las mujeres más bonitas… He leído un informe de Ollinger, y si tú no lo has visto, te invito a que lo hagas. Lo encontrarás en el tercer cajón del archivador. Así te enterarás de lo que hicieron en Unionville, en la parte norte de Arizona. Ollinger ordenó que todas las mujeres fuesen encerradas

en una casa. ¿Y sabes para qué, Pat?

—¡No quiero que me lo diga!

—¿Por qué no, Pat? Te hace daño, ¿verdad? Sin embargo, te lo diré. Ollinger las mandó reunir para seleccionar unas cuantas mujeres para él y para sus hombres.

—¡Cierre la boca de una vez, Tawson!

—Se llevaron a doce. A doce, Pat. Todas ellas eran bonitas. Las había casadas y solteras, y muchachas que no habían cumplido todavía los dieciocho años, como Mary. A decir verdad, la mayoría tenían dieciséis o diecisiete años.

Pat respiró entrecortadamente.

—No voy a tener en cuenta lo que me dice, jefe.

—Conque no, ¿eh? ¿Quieres ver entonces a Mary en poder de los hombres de Bill Ollinger?

—Mary no caerá en manos de esa gentuza.

En aquel momento se abrió la puerta de la calle.

Pat fue a volverse, pero dos hombres cayeron sobre él, y uno de ellos, muy fornido, le golpeó en la sien.

El ayudante del marshall se derrumbó en el suelo.

Paul Ballard se estaba acercando hacia la puerta enrejada, pero cuando llegó allí, ya todo había terminado.

El marshall dio unas palmadas al tipo que había dejado sin conocimiento al ayudante.

—Bien hecho, Spencer.

—Vinimos a hablar con usted y lo oímos todo desde el otro lado de la puerta.

Paul soltó una risita desde la celda. Todos le miraron.

—¿Lo encuentras divertido, Ballard? —preguntó Tawson.

—Sí, desde luego. Su ayudante es el único tipo valiente que hay en este pueblo. Ahora se quedó usted solo, marshall.

—Pat quiso cometer una locura.

—¿Qué va a hacer con él? ¿Encerrarle también?

—No. Lo voy a despedir. Sólo eso.

Pat se fue recuperando poco a poco. Vio que su revólver no estaba en la funda, ni tampoco en el suelo. El marshall se había hecho cargo de él.

—Deme un «Colt», jefe.

—No, no vas a tenerlo.

—Soy su ayudante, y necesito ir armado.
—Será mejor que me des la placa, Pat.
—No he presentado la dimisión.
—No, no lo has hecho, pero yo te destituyo. Has demostrado a las claras tus intenciones. No puedo dejarte por ahí para que uses el arma irresponsablemente.
—Necesito el «Colt» para cuando llegue Ollinger y sus canallas. No consentiré que se metan con Mary.
—Entonces vete con ella y protégela.
Pat fue a protestar, pero se dio cuenta de que su apelación no sería escuchada. Se quitó la insignia y la arrojó a los pies del marshall.
—Pat —dijo Ballard tras de la reja—, fue muy bueno eso que hiciste. Gracias por intentar salvarme.
—Olvídalo, Ballard. Lo importante es que fracasé y que te matarán.
—Ya veremos. Soy duro.
Pat salió de la comisaría.
Spencer, él hombre que había golpeado a Pat, era un tipo con cara de simio, tórax enorme, brazos largos y manos grandes.
Después de salir Pat, se echó a reír.
—¿Oyó eso, marshall? El forastero dice que es duro y que se va a salvar de las manos de Ollinger.
—¿Quién eres tú, gorila? —preguntó Paul.
Spencer hizo una mueca.
—Eh, tú, cuidado con lo que dices, o te rompo la boca.
—¿A quién te refieres, gorila?
—Marshall, abra la celda. ¡Ábrala por lo que más quiera y yo le bajaré los humos a ese fanfarrón!
—No, Spencer, no voy a abrirla. Es eso lo que él quiere, pelear contigo porque tendrá una oportunidad de escapar.
—No sea ingenuo, marshall. ¿Cree usted que ese guapo mozo va a poder conmigo? Déjeme un par de minutos con él y le juro que lo pondré de manera que no lo reconocerá ni su padre.
—Ya te estoy esperando, gorila —dijo Ballard.
—¡Abra, marshall! —gritó Spencer.
Jud Tawson hizo un gesto negativo.
—No, Spencer. Paul Ballard se ha convertido en un rehén de alta

calidad para nosotros. Con él aplacaremos a Bill Ollinger, y El Alto no sufrirá ningún daño.

CAPÍTULO XI

Eran las siete de la tarde cuando Bill Ollinger llegó a El Alto acompañado de dieciocho hombres.

Su entrada fue espectacular, a galope tendido, disparando al aire.

Ollinger tiró de las bridas cuando se encontró ante la oficina del marshall. Algunos de sus hombres siguieron corriendo, pero uno de ellos se detuvo junto a él, su lugarteniente Andy Ponce.

Ollinger no había cambiado mucho desde que le hicieron la fotografía para aquel requerimiento.

Andy Ponce era un mestizo de treinta y cinco años, con una cicatriz en la cara desde la oreja hasta la comisura de la boca, recuerdo de un cuchillazo en México.

—Eh, Bill —dijo—, no han salido a nuestro encuentro los muchachos. Seguro que están juergueándose con las girls, a pesar de que se lo prohibiste.

—Si es así, les voy a agujerear las orejas.

En aquel momento la puerta de la oficina se abrió y el marshall Tawson salió con paso vacilante.

—Bien venido, señor Ollinger.

—¿Cuál es tu nombre, marshall?

—Jud Tawson.

—Envié a dos hombres aquí, Tawson.

—Sí. A Leslie Kirby y a Jeff Fetterman.

—De modo que los conoces…

—Sí, hablaron conmigo y ellos y yo nos llevamos muy bien.

—¿Dónde están?

—Verá, señor Ollinger. Todo transcurría bien, pero surgió algo inesperado.

—¿A qué te refieres? Dilo pronto, marshall. No quiero que andes con rodeos.

—Están muertos.

—¿Qué?

—Sus hombres murieron.

Se hizo una pausa.

Tres jinetes se acercaron. Cada uno de ellos había atrapado a un ciudadano con el lazo y los hacían correr. Uno era mexicano. Tenían que correr mucho para no caer al suelo. Si eran arrastrados podrían encontrar la muerte al chocar contra un obstáculo.

—¡En, jefe! —gritó uno de los jinetes—. Ya empezó la diversión.

Ollinger hizo los disparos al aire.

—Todo el mundo quieto. Se suspende el festejo.

Los tres hombres detuvieron las cabalgaduras y sus prisioneros obtuvieron una tregua.

Ollinger apuntó con el revólver al Marshall.

—Tawson —dijo—, dime que Leslie y Jeff murieron de una epidemia de fiebre, di eso y salvarás el pellejo.

—Señor Ollinger, déjeme que le explique. Yo no fui el culpable. Se trata de un forastero. Sus hombres cumplieron sus órdenes. Vinieron aquí para avisar a Judy O'Hara de su boda, y luego fueron al Saloon Blue. Fue entonces cuando el forastero se presentó allí, en el reservado donde estaban Jeff y Leslie con las muchachas, y tras unas palabras se liaron a tiros.

—Entiendo. Murieron los tres.

—No, señor Ollinger. Sólo Jeff y Leslie.

Bill Ollinger entornó los ojos.

—¿Quieres decir que el forastero resultó ileso?

—Así fue.

—Entiendo. Disparó contra ellos por la espalda.

—No.

—¿De frente?

—Sí, señor, de frente. Según dijeron las chicas fue cara a cara, y los tres sacaron al mismo tiempo.

—Marshall —dijo Ollinger—, por si no lo sabes, te vas a jugar la vida en la próxima respuesta. Mi pregunta es ésta. ¿Dónde está el forastero?

—Aquí, en El Alto.

—¿En qué parte del pueblo?

Tawson tragó saliva y señaló a sus espaldas.

—En esa oficina, metido en una celda.

Bill Ollinger abrió la boca y estalló en una carcajada.

Andy Ponce rió también con ganas.

El marshall, para no ser menos, esbozó una sonrisa, aunque lo hizo forzadamente.

—Tawson —dijo Ollinger—, me has dado la gran sorpresa. Sí, señor.

Saltó de la silla y Andy Ponce le imitó.

—Anda, marshall, entremos en tu madriguera. Quiero conocer al tipo que se cargó a Leslie y a Jeff.

Entró el marshall y a continuación lo hicieron los dos hombres.

Paul Ballard estaba tendido en el jergón de la celda, como si durmiese.

El marshall se retiró unos pasos mientras Ollinger y Andy Ponce se detenían ante la puerta enrejada.

—¿Cómo se llama el fulano, marshall?

—Paul Ballard.

Ollinger frunció el ceño.

—Nunca oí hablar de Paul Ballard, ¿y tú, Andy?

—Ni idea.

Ollinger seguía observando atentamente al detenido.

—Eh, tú, Ballard.

Paul no hizo el menor caso a aquella voz. Continuó inmóvil, los ojos cerrados.

—Ballard, despierta. Soy Ollinger. A la próxima, te avisaré metiéndote una bala en la rótula.

Paul simuló que despertaba, pero habló como si todavía estuviese entre sueños.

—Susan, no me chilles al oído, preciosa. Me vas a dejar sordo.

—Ballard, soy Bill Ollinger.

—Sí, Susan, te he escuchado bien, pero ya te di demasiados besos. ¿No tuviste bastante con la ración?

Ollinger sacó el revólver.

—Susan te va a dar un beso abrasador, Ballard.

Paul pensó que no podía llevar la broma adelante y se puso en

pie restregándose los ojos. Al ver a los dos hombres que estaban al otro lado de la reja, parpadeó:

—Eh, marshall, le dije que no quería hacer declaraciones a los periodistas. Sólo maté a cuatro personas en este pueblo, pero no tuvo ninguna importancia. Eran bichos que están mejor en el cementerio.

—Tawson —dijo Ollinger—, ¿hizo examinar a este tipo por el doctor?

—No.

—Debió hacerlo porque me temo que está loco.

Paul caminó hacia la puerta.

—Eh, usted, no tiene derecho a llamarme loco.

—¿Sabes quién soy?

—Si es usted inspector de prisiones, no sabe cuánto me alegra que haya venido. Hace un rato me sirvieron la cena. Patatas llenas de gusanos y una taza de café. ¿He dicho café, inspector? Bueno, debí decir agua sucia.

—No soy inspector de prisiones.

—Estupendo. A que acierto lo que es. Un tipo de los que se interesan por los presos. Su obra es maravillosa y, si me pregunta qué necesito, le diré que en esta celda debe de hacer mucho frío de noche y necesito otra manta. Y si me trae un paquete de cigarrillos, también se lo agradeceré.

El rostro de Ollinger fue surcado por una mueca de odio.

—Ballard, soy Bill Ollinger, el jefe de Leslie Kirby y de Jeff Fetterman.

—Entonces me alegro mucho de que haya llegado.

—¿Sí? ¿Y por qué te alegras?

—Porque quiero que ordene al marshall que me deje en libertad. Yo sólo disparé contra sus nombres en legítima defensa. Usted lo comprende, señor Ollinger, ¿verdad?

—¿Por qué mataste a Leslie y a Jeff?

—Sólo fui a preguntarles por qué usted se quería casar con Judy O'Hara,
cuando ella no le conoce.

—Conque es eso, ¿eh? ¿Y qué tienes tú que ver con Judy O'Hara?

—Verá, yo no conocía a Judy hasta hoy, pero me hizo un favor,

y cuando me dijo que estaba preocupada por su matrimonio, decidí informarme acerca de usted.

—Cometiste un error, Ballard. Sentía un gran afecto por Leslie y por Jeff. Eran dos buenos chicos. Trabajaron conmigo durante años. Los voy a vengar.

—Ollinger, no hablará en serio.

—Completamente en serio. Te voy a dar un escarmiento y te juro que vas a sentir haber nacido… Pero eso va a ocurrir más tarde. Ahora he de ir a ver a mi novia. Tengo que decirle por qué me voy a casar con ella, ya que le preocupa tanto. Volveré aquí dentro de un par de horas, Ballard. Entonces tú y yo continuaremos nuestra conversación, pero te aseguro que no te va a gustar nada.

—Creo que no es razonable.

—Me pondré en razón. Anda, dime, ¿con qué mano disparaste?

—No soy zurdo.

—La derecha, ¿eh? Muy bien. Esa mano la voy a convertir en un pingajo. Va a ser el comienzo. Sí, Ballard, te la machacaré.

—¿Por qué quiere cometer esa salvajada?

—Porque es la mano con que liquidaste a Leslie y a Jeff, pero con eso no habrá terminado el espectáculo. Luego habrá otros y cada uno de ellos será mejor que el anterior.

—¿Me puede adelantar el programa?

Ollinger se echó a reír estremeciendo los hombros.

—Eres un tipo con muchas agallas, ¿eh, Ballard? Ahora me doy cuenta que Tawson tenía razón. No, no estás loco. Sólo eres un sujeto que se cree importante. ¿Sabes una cosa? Tipos como tú me vienen a la medida, y hacía tiempo que no me encontraba con uno de tu fibra. Tú y yo lo vamos a pasar en grande, Ballard. Te lo aseguro. Sólo tendrás que esperar un par de horas.

—Espere un momento, Ollinger.

—¿Qué quieres, muchacho?

—Ventilaremos esto entre usted y yo.

—¿Te refieres a un desafío?

—Sí.

Bill Ollinger lanzó una risotada. Sus ojos brillaban mucho.

—No, no te voy a dar ese gusto, Ballard.

—¿Por qué no? Usted es el mejor gatillo de Arizona. Debo resultar para usted pan comido.

—Sí, Ballard, pero tú eres un gusano y yo no mato con balas a los gusanos. Los aplasto con el pie. ¿Lo es, Ballard? Yo piso a los gusanos.

Dicho esto, Ollinger echó a andar y salió de la comisaría.

Andy Ponce soltó una risita y señaló con el dedo índice al marshall.

—Tawson —dijo—, nos respondes con tu pescuezo de este chico. ¿Lo oyes bien?

—Desde luego. No escapará.

Ponce miró a Ballard, y riendo, salió en pos de Ollinger.

CAPÍTULO XII

Judy
O'Hara
oyó los disparos y abrió la puerta.

El herrero, Cari Banner, cubrió el hueco.

—No salgas, Judy.

—Esos hombres deben ser los de Bill Ollinger.

—Sí, ya llegaron y también viene Ollinger.

—Cari, déjame salir.

—No puede ser, Judy. Tienes que estar aquí hasta que llegue Ollinger.

—Oh, sí, y luego él se encargará de mí.

—Yo no arreglé así las cosas.

—No, ninguno de vosotros fuisteis. Queréis acallar vuestra conciencia. Cargáis la responsabilidad de unos a otros. Nadie acepta la que le corresponde. Sois una pandilla de ratas. Eso es lo que sois, unas ratas atemorizadas por un gato gordo y hambriento. Queréis alimentarlo y le ofrecéis un trozo de queso, pero el gato terminará también con vosotros.

—Será mejor que entres ahí. Estás demasiado nerviosa.

—¿Cómo quieres que esté? A estas horas Bill Ollinger puede haber matado a Paul Ballard, el único hombre que se habría atrevido a hacerle frente.

Judy cerró la puerta de golpe y se cubrió la cara con las manos.

Era horroroso pensar que aquel joven, Paul Ballard, hubiese sido sacrificado por los ciudadanos de El Alto, empezando por el propio marshall, que había jurado defender la ley, y que ahora claudicaba ante el hombre que la pisoteaba, Bill Ollinger.

Siguió oyendo disparos y gritos. Los forajidos habían tomado

posesión de El Alto.

Transcurrieron quince minutos y se abrió la puerta.

Identificó enseguida a Bill Ollinger porque recordaba la fotografía que le había enseñado Pat. Detrás de Ollinger vio a un mestizo, el cual no entró porque Bill le hizo una señal para que se quedase fuera.

El jefe de los forajidos cerró la puerta y contempló largamente a Judy
O'Hara.

—¿Ya terminó el examen, señor Ollinger?

—Sí.

—¿Me encontró de su gusto?

—Sí, ya me gustaste cuando te conocí.

—Yo no le he visto a usted en mi vida. ¿Dónde me conoció?

—Durante una partida de póquer.

—Oiga, usted debe estar mal de la cabeza. ¿A qué partida de póquer se refiere?

—La que jugué con tu novio.

—¿Mi novio? Yo no tengo ningún novio.

—Loyd Masterson.

Judy abrió la boca.

—¿Loyd Masterson?

—Fue el nombre que dije, el de tu prometido.

—No fue mi prometido.

—Bueno, quizá rompisteis el compromiso.

—Mal pude romper una cosa que nunca existió. ¿Quiere explicarme eso, señor Ollinger?

—Jugué una partida de póquer con Loyd Masterson en un pueblo del que soy amo… Loyd perdió el efectivo que llevaba. Mientras buscaba algún billete en la cartera, se le cayó una fotografía. Yo se la cogí. Tú estabas en ella con Loyd.

—Sí, la recuerdo. Loyd y yo nos hicimos una fotografía en el rodeo de El Alto hace un par de años.

—Después de mucho buscar, Loyd dijo que no tenía dinero. Le pregunté por la chica de la fotografía y él me dijo tu nombre y que era su novia. Entonces fue cuando le hice la propuesta. Le permitiría que siguiese jugando y la postura serías tú. —¿Yo?

—Sí, tú contra quinientos dólares. Te coticé alto.

Judy enrojeció las mejillas.

—Señor Ollinger, es usted un indeseable.

—¿Por qué dices eso?

—Me comparó a un caballo. A una yegua para ser más exacta.

—Bueno, admito que eres mejor que una yegua, porque así, en persona, resultas mejor que en la fotografía. Si lo llego a saber, te habría dado un valor de mil dólares.

—De modo que, Loyd Masterson me jugó.

—Sí, nena y perdió. Fue una buena mano. Yo ligué un trío de ases y él sólo tenía doble pareja de reinas y nueves.

—Entonces usted no tiene ningún derecho sobre mí, puesto que yo no era la prometida de Loyd Masterson. El le engañó —la joven levantó la barbilla y sonrió—. No, señor Ollinger, yo no era la novia ni la prometida de Loyd Masterson.

—Eso me importa un rábano.

—¿Cómo puede usted decir eso si Loyd Masterson no tenía ningún derecho sobre mí? Todo eso, suponiendo que una persona pueda jugarse a otra en el póquer.

—Entre nosotros eso es posible. Basta la palabra.

—Ya le he dicho que él le engañó.

—Eso es lo que tú dices, pero yo no puedo saberlo.

—Busque a Loyd Masterson.

—Tendré que esperar mucho tiempo. Loyd Masterson está muerto. Yo mismo lo maté. Verás, Judy. El te había jugado y yo te gané. Pero pensé que Loyd Masterson podría arrepentirse y que tú podías estar enamorada de él. Puesto que él ya no tenía ningún derecho sobre ti, le metí un par de balas para cortarle la cuerda.

Judy hizo el mayor gesto de asombro.

—¿Usted le mató sólo por eso?

—Claro. No me gustan los rivales en cuestiones amorosas. Yo elijo una mujer y no quiero que nadie se interponga entre ella y yo.

—¡Es usted un bruto, un salvaje!

—Me lo han dicho muchas veces, pero ninguno vivió para repetirlo. Es curioso, en tu boca parece música. No, no me siento ofendido. Puedes llamarme bruto y salvaje.

—Le confieso que he esperado con curiosidad su presencia.

—Vaya, logré interesarte.

—No me refiero a su persona, señor Ollinger, sino a la

explicación que podía justificar ese capricho suyo por casarse conmigo.

—Te voy a tener como una reina, nena. Te lo aseguro. Soy un hombre con una gran fortuna. La he amasado durante muchos años y ahora va a ser más grande perqué aumentaré mis ingresos.

—No se haga ilusiones… Yo no me voy a casar con usted.

Bill Ollinger se echó a reír.

—Conque no, ¿eh?

—Puede estar seguro de ello.

—Oye, preciosa, ¿sabes cuántas mujeres están soñando con que yo les pida que sean mi esposa…? Yo te lo diré. Hay no menos de veinte, o quizá sean veinticinco. Todas ellas se volverían locas por ser la señora Ollinger. Sí, nena. A cualquiera de ellas les chascaría los dedos y se echarían a mis pies como una perrita.

—Yo no soy como ellas.

—No, tú no eres una perrita, sino una mujer con carácter. Conozco a las de tu clase. Te lo aseguro. Son las que me han proporcionado mejores ratos.

—¿Cómo puede hablar con ese desprecio de las mujeres?

—¿Desprecio?

—Sí, las considera como objetos para su diversión.

—Oye, no entiendo de filosofía. Una mujer me gusta o no me gusta. Si me agrada, me divierto con ella, y si no es así, la mando al infierno. Así es como yo entiendo las relaciones con las mujeres. Naturalmente, contigo va a ser distinto. Serás la reina. De vez en cuando te seré infiel, pero eso no tiene importancia, porque tú seguirás siendo la dueña de mi corazón. Te agrada, ¿verdad?

—Me gusta tanto que me da náuseas, señor Ollinger.

Bill rió de nuevo.

—Anda, insúltame otra vez.

—¿Qué ha hecho con Paul Ballard?

—¿Eh?

—Paul Ballard, el forastero que acabó con sus emisarios.

Ollinger arrugó el ceño.

—¿Te interesas por él?

—Claro que sí. Trató de ayudarme, y si no hubiese sido por la cobardía del marshall y de otros ciudadanos, Paul y yo habríamos logrado escapar de sus garras.

—Conque eso iba a ˆpasar, ¿eh? Paul quiso sacarte del pueblo… Me alegro que me lo hayas dicho, nena. Sí, me alegro mucho, porque Paul Ballard merece que yo le rinda mi mejor homenaje. Y juro que lo va a recibir.

CAPÍTULO XIII

El marshall Tawson había terminado su botella de ginebra. Buscó en el último cajón del archivador, pero sólo encontró otra botella vacía.

—Spencer —dijo al hombre con cara de mono—. Voy a llegarme al almacén. Tú te quedas con Paul Bailará. Sólo tardaré unos minutos.

—Descuide. No se va a escapar.

El marshall soltó un gruñido y salió de la oficina.

Spencer quedó a solas con Paul, el cual estaba en la celda, sentado en el jergón, liando un cigarrillo.

—Eh, gorila, dame fuego. Se me terminaron las cerillas.

Spencer se acercó a la reja e hizo un gesto infrahumano.

—¿Qué me has llamado?

—Lo que tú eres, gorila.

—Ahora no está el marshall para defenderte.

—No, se fue.

Spencer sacó el revólver y fue rápidamente hacia la pared. Cogió el llavero y regresó a la reja.

—¿Qué vas a hacer, gorila? —preguntó Paul.

—Te voy a dar un escarmiento. Quédate ahí en el jergón. Si das un paso hacia mí, te meto una bala en las tripas.

Spencer metió la llave en la cerradura y la hizo girar. Luego abrió la puerta y pasó al interior de la celda, siempre apuntando con el revólver a Paul.

—¿Qué, Ballard? —dijo con jactancia—. ¿Ya se te aflojaron las piernas?

—Todavía, no, gorila.

—Ponte de rodillas.

—¿Para qué?

—He dicho que te pongas de rodillas o ahí va el plomo.

—Está bien. No te sulfures.

Paul apoyó las rodillas en el suelo.

—Así me gusta… Ahora pon las dos manos en la cabeza.

—Necesito una mano para sostener el cigarrillo.

—Tira el cigarrillo y obedece.

Paul dejó caer el cigarrillo al suelo y se puso las manos en la cabeza.

El grandullón avanzó hacia Paul, lentamente, el dedo en el gatillo del revólver.

—No has debido meterte conmigo, Ballard.

—Seamos amigos, Spencer.

—Conque ya has dejado de llamarme gorila, ¿eh?

—¿Es que no se te puede gastar una broma?

—Todos los tipos como tú sois iguales. Habláis mucho y a la hora de la verdad, os ponéis a temblar como un fían. Eso es lo que tú eres ahora, Ballard. Un flan. Pero no te van a valer de nada tus lloros.

—No estoy llorando.

—Ya lo harás.

—Eh, Spencer, está feo pegar a un hombre desarmado. Tengo tabaco del bueno. Anda, coge mi bolsa. Te la regalo.

—¿Y qué más me darás?

—Bueno, el marshall se quedó con mi dinero cuando entré aquí. Te puedo dar cien si no me sacudes.

Spencer soltó una risotada.

—He dicho que no te va a librar nada.

—Eh, muchacho —dijo Ballard con voz casi temblorosa, como si estuviese asustado—. No me golpees en la cara. Las chicas la encuentran muy simpática y varonil.

—A partir de hoy, se van a asustar.

—No habrá oportunidad para eso porque Ollinger ha dicho que me matará.

—Pero antes yo te voy a dar una pasada.

Spencer levantó el revólver para estrellarlo en la cara de Paul. Movió el brazo rápidamente, pero Paul fue mucho más veloz que él. Saltó como impulsado por muelles y paró el golpe de Spencer

atrapándolo por la muñeca. Luego hizo palanca con el brazo y obligó al grandullón a dar una voltereta.

Paul había escuchado el diálogo entre Spencer y el marshall y sabía que éste volvería en unos minutos. No podía perder ni un solo instante. Aquélla era su última oportunidad. Estaba seguro de que no tendría otra. Había provocado a Spencer para que entrase en la celda y ahora que lo había conseguido no podía errar. Y no falló porque, cuando Spencer golpeó las espaldas contra el suelo, le volvió a pegar con el filo de la mano en el cuello.

Spencer soltó algo parecido a un mugido y quedó sin conocimiento.

Paul tomó el arma y salió de la celda.

La puerta de la oficina se abrió en ese momento y el marshall entró.

Paul le apuntó con el «Colt».

El marshall recibió tal sorpresa que dejó caer la botella de ginebra que traía en la diestra y se hizo pedazos en el suelo. El líquido corrió hacia la pared.

—¿Y Spencer?

—En la celda, ocupando mi lugar.

—¿Cómo lo hizo, Ballard?

—No tiene imaginación, jefe. Me limité a llamarle gorila unas cuantas veces más y él entró para ajustarme las cuentas.

—Menudo estúpido.

—Lo lamenta, ¿eh, marshall?

—Si usted escapa, va a traer malas consecuencias. Es por lo que lo siento. Ya oyó a Andy Ponce, el lugarteniente de Ollinger. Yo respondía por usted con mi pescuezo.

—Entonces será mejor que se remoje un poco el cuello para que le duela menos cuando se lo corten. Ande, marshall. Entre en la celda.

—Déjeme escapar con usted. —Yo no voy a huir—. ¿Qué?

—Yo no quiero huir de El Alto.

—¿Quiere decir que va a hacer frente a Bill Ollinger? —Lo intentaré.

—No podrá contra Ollinger. Todos sus hombres vinieron con él.

—¿Qué espera? ¿Que caiga temblando de miedo?

—Está bien, Paul. Entonces deje que sea yo quien me marche.

—No.

—¿Qué va a ganar con que yo me quede en la celda?

—Usted es el representante de la ley y debe permanecer aquí.

—Pero Ollinger me matará.

—Es un gaje del oficio. Si hubiese cumplido con su obligación, no estaría ahora metido en este embrollo.

—Traté de conseguir su ayuda, Paul. No puede recriminarme…

—Se dio por vencido demasiado pronto, Tawson. Ande, entre ahí de una vez o tendré que dejarle sin conocimiento y arrastrarlo yo mismo.

Tawson penetró en la celda.

—Sí, es mejor para mí que me encierre —asintió—. Le diré a Ollinger que no pude evitarlo. Que usted me sorprendió.

—¿Sólo puede pensar en su cochina piel, Tawson?

Paul cerró la puerta y le dio la vuelta a la llave.

Se puso su cinturón que cogió del armero y dejó el revólver de Spencer sobre la mesa.

Finalmente, hizo un saludo al marshall y salió de la comisaría.

Se echó el sombrero sobre la cara por si alguien lo reconocía.

Ya habían cesado las carreras de los jinetes, pero se oía un gran griterío en el Saloon Blue. Los hombres de Ollinger lo estaban pasando bien.

Se encaminó hacia la casa de Judy O’Hara, el número 13 de aquella calle.

No había nadie en el jardín y saltó la verja, encaminándose hacia una ventana.

De pronto oyó una voz a sus espaldas.

—Eh, usted, ¿qué hace ahí?

Se volvió encontrándose con dos tipos, barbudos, desaseados, los cuellos chorreando de sudor.

Estaba claro que formaban parte de la pandilla de Ollinger.

—Vine a hablar con mi tía.

—¿Qué tía?

—La que vive aquí.

De buena gana, Paul habría tirado del revólver, pero si disparaba lo habría perdido todo.

El individuo que estaba hablando con Paul soltó un salivazo al

suelo, y su compañero, un tipo de piernas estevadas, pequeñajo, dijo:

—Anda, tú, vamos al saloon con los otros.

El primero titubeó unos instantes, y, por último, pegó con el codo al pequeñajo y los dos siguieron andando.

Paul dio un suspiro de alivio.

Cuando los fulanos se perdieron de vista se acercó a la ventana y levantó poco a poco la cabeza, mirando al interior a través de los cristales.

Tuvo la impresión de que el corazón se le paralizaba al ver que Bill Ollinger estaba intentando besar a Judy, y que ella se resistía a zarpazos.

CAPÍTULO XIV

Paul no podía disparar, ya que Judy y Ollinger se movían tanto que cualquiera de ellos podía recibir la bala.

Tomó carrerilla y se lanzó sobre la ventana que saltó hecha pedazos.

Ollinger había logrado besar a Judy en la boca, y la soltó como si quemase y fue a echar mano al revólver.

Paul lo atrapó por el tobillo y tiró de él arrojándolo al suelo.

Los dos hombres rodaron por el piso hasta chocar contra la pared.

Ollinger sacó ventaja sobre Paul al quedar encima y le soltó un tremendo derechazo.

Paul dobló la cabeza y el puño del forajido se estrelló centra el suelo.

Paul disparó la rodilla.

Bill recibió el impacto y cayó hacia atrás.

Paul se levantó de un salto, acudió junto a Ollinger y le pegó un puñetazo cuando trataba de incorporarse.

Bill rodó de nuevo hacia el hueco de la puerta y se detuvo semiinconsciente.

Judy se echó en los brazos de Paul y éste la estrechó contra sí.

—Paul, ¿cómo pudiste venir?

—Me escapé. Este maldito te ha hecho pasar un mal rato.

—Sí, Paul, el peor de mi vida.

—Ahora lo va a pagar.

De pronto Ollinger desapareció por la puerta.

Paul sacó el revólver y echó a correr. Pero antes de llegar sonó un disparo y tuvo que detenerse.

Ollinger soltó una risotada desde el otro lado, fuera de la

habitación.

—Eh, Ballard, te felicito. Has hecho muy bien el héroe.

—Ollinger, sólo queremos vía libre. —¿Para quién?

—Tú lo sabes. Para Judy y para mí. Ahora Bill volvió a reír.

—Queréis marcharos de El Alto con mi bendición, ¿eh?

—Oh, no necesitamos tu bendición. Te puedes quedar en el pueblo, Ollinger. Ellos merecen por su cobardía que tú seas el amo. Es un regalo que te encuentras.

—Yo no busco ningún regalo. Yo quiero otra cosa muy distinta. Quiero a Judy
O'Hara.

—Ella dice que no.

—Oh, sí, ella está por ti, ¿verdad, Ballard?

—No seas estúpido, Ollinger. Judy sólo me vio unas cuantas veces.

—Pero entre vosotros nació el amor. Romántico, ¿verdad? Escúchame bien, Paul Ballard… Muy pronto estarás convertido en un cadáver y ella será mía.

Oyeron los pasos de Ollinger retirándose.

Paul saltó por el hueco en busca de Bill, pero ya el forajido se había marchado.

—Dios mío, ¿qué va a pasar ahora? —dijo Judy a sus espaldas.

Paul entró en la habitación.

—Hemos de llegar al establo o a cualquier otro sitio donde podamos encontrar dos caballos.

—El no nos dejará.

—Ya sé que no lo permitirá. Pero es nuestra única posibilidad de escapar.

—Vamos por la parte trasera —dijo Judy.

Ollinger, al llegar a la casa había ordenado al herrero Cari Banner y a Peter Morgan que se marchasen. Naturalmente, él se bastaba para manejar a Judy.

Salieron a un callejón que estaba desierto.

No fueron hacia la calle Mayor, sino en dirección opuesta, por detrás de las casas.

Llegaron a la callejuela donde estaba el establo de Mike Lapman. Tampoco había nadie.

—Quédate aquí, Judy. —¿Por qué?

—Porque puede ser una trampa. Te haré una señal desde la puerta del establo.

—Yo tengo una respuesta para esto. Ollinger ha pensado que nos quedaríamos en la casa. Eso es. No ha contado con que nosotros saldríamos inmediatamente.

—Es posible. Pero conviene desconfiar.

La besó con suavidad en los labios y echó a andar por el callejón.

A lo lejos se oían risas y gritos. ¿Y si Judy hubiera acertado? No, las cosas no podían ser tan fáciles.

Llegó a la puerta del establo sin que hubiese descubierto a nadie. Miró al interior y vio solamente caballos y algunos carros.

Pasó al interior y entonces estalló el infierno.

Estuvo a punto de ser ensartado por dos balas que un tipo le mandó por la derecha.

Rodó por el suelo y entre vuelta y vuelta también disparó lo suyo.

El tipo tenía las de perder porque estaba inmóvil creyendo que había adquirido todas las ventajas. Recibió dos impactos y se abatió mansamente.

Otro fulano apareció en lo alto de un carro, pero Paul lo vio en su línea de tiro y le metió una bala en la cabeza, que estalló como si estuviese llena de pólvora.

Luego se hizo un silencio.

Paul pensó que podía haber otro hombre y avanzó a la espera.

Oyó un ruido, más allá del carro de donde había salido el segundo individuo, y echó a correr hacia aquel lugar.

Entonces apareció el terrible sujeto.

Paul le metió una bala en el costado y el fulano giró mientras disparaba, por lo que incrustó su bala en la pared.

Ballard no le dejó completar el giro y le metió otro proyectil en el ala izquierda, bajo el sobaco.

El tipo fue arrancado del suelo, chocó contra la rueda de un carro que había allí y quedó con la cabeza incrustada entre dos radios, las posaderas enˆ alto. Luego sus piernas se negaron a sostenerle y se dobló, adoptando una extraña posición, aunque a él no le podía interesar poco ni mucho porque ya era cadáver.

Paul oyó pasos a su espalda. Alguien venía corriendo por el

callejón. Se preparó para recibirlo a balazos.

Por la puerta del establo entró Judy.

—¡Paul! —gritó.

Ballard tenía el dedo en el gatillo, listo para disparar, pero no lo hizo por una octava de pulgada.

Pero Judy había estado tan expuesta a ser muerta por él que sintió cómo su cuerpo se bañaba en sudor frío.

—Judy, debiste quedarte.

—No pude.

—La próxima vez obedece.

Ella echó a correr.

—Tú ganaste, Paul.

—Prepararé los caballos. No podemos perder un segundo.

Cogió el revólver de uno de los fulanos y se lo puso a Judy en la mano.

—Vigila la puerta mientras yo ensillo los caballos.

—No te preocupes. Dispararé contra quien sea.

Paul se dio mucha prisa. Primero ensilló el caballo de la joven y a continuación empezó a preparar el suyo.

—Eh, Paul, se ha hecho un gran silencio.

Ballard prestó atención. Efectivamente, ya habían cesado las risas y las voces procedentes de la calle Mayor.

Paul abandonó el trabajo que estaba haciendo y desenfundó el revólver yendo hacia la puerta del establo. Asomó la cabeza y una décima de segundo después se oyeron no menos de cuatro estampidos. Dos balas chocaron contra la esquina de la puerta arrancando esquirlas de la madera.

Casi enseguida escucharon las risotadas de Ollinger.

—Eh; Paul, ¿creíste que ibais a escapar? Oh, sí, tú pensaste que Ollinger es un idiota y te dijiste: «Nunca volverá a La casa con sus hombres. Podemos tenderle una trampa. Le dejaremos con un palmo de narices». Eso fue lo que le dijiste a mi prometida, ¿eh? Muy bien, Paul, ahora estamos otra vez juntos. Sí, muchacho, yo no puedo vivir sin ella y tú la tienes ahí, pero muy pronto Judy pasará a pertenecerme y tú no estarás vivo para verlo…

Ballard se pasó una mano por la cara. Oyó los pasos de Judy a sus espaldas y la vio llegar a su lado, muy pálida, una triste mirada en sus grandes ojos.

—Paul, estamos perdidos.

CAPÍTULO XV

Ollinger habló de nuevo:

—Anda, Paul, tira el revólver y sal de ahí con la chica.

—¿Cuál es la oferta, Bill?

—Te mataré de un solo tiro sin darte tormento.

—No hay arreglo.

Ollinger rió de aquella forma tan escandalosa.

—¿Lo oyeron, muchachos? Dice que no hay arreglo. Claro que no lo hay. Cuando te coja, te voy a estirar tanto que vas a llegar a medir los dos metros.

—No me vas a agarrar vivo, Ollinger. Eso te lo puedo jurar.

—Conque ésas tenemos, ¿eh? Muy bien. Entonces te convertiremos en un pingajo. Vamos, muchachos, a por él.

Paul hizo señas a Judy para que se escondiese detrás de un carro y, mientras retrocedía la joven, atrapó uno de los revólveres que estaban en el suelo.

Los hombres de Ollinger aparecieron por el hueco, tres por la derecha, dos por la izquierda.

Paul inclinó ligeramente las piernas y empezó a disparar con los dos revólveres, sin concederse descanso.

Aquellos hombres no sabían dónde se encontraba su enemigo, y cuando quisieron tomar puntería, habían sido alcanzados por el plomo. Cuatro de ellos rodaron hacia fuera y el quinto chocó contra la esquina y se vino hacia adelante aplastando la cara contra el suelo.

Todo volvió a quedar en silencio.

Paul, en lugar de retroceder, se dirigió hacia la puerta porque vio que el quinto hombre manejaba un rifle y éste había quedado dentro del establo. Atrapó el rifle y otro revólver y fue al lado de

Judy.

—Paul, no vale la pena resistir.

—¿Ya estás conforme con marcharte con Ollinger?

—Quizá sea lo mejor, pero pondré un precio. Que te deje salir con vida de El Alto.

—Yo no acepto.

—Bill dará la conformidad.

—No, no creo que la de y, suponiendo que dijese que está de acuerdo en dejarme escapar, faltará a su palabra. Ese tipo es demasiado vengativo. He matado a un buen número de sus hombres y no me puede perdonar, o perdería categoría entre los suyos.

Ella sonrió.

—Paul, me alegra mucho que digas eso porque no quiero volver a ver a ese hombre en todo el tiempo que me quede de vida, aunque se trate de minutos.

Paul le cogió la barbilla y la besó en los labios, ahora con más fuerza.

—Eh, Judy, creo que ese tipo acertó. —¿En qué?

—En lo del amor. Yo al menos me enamoré de ti. Estoy seguro.

—Entonces te diré un secreto, Paul. Lo mismo me sucedió a mí.

Judy se apretó contra el pecho varonil, y otra vez sus labios se juntaron.

Fue Paul quien se separó, diciendo:

—Judy, nada de expansionarse demasiado.

—Quizá fuese el mejor final. Morir mientras me besas.

—Admito que tu boca es única, pero yo prefiero otra terminación.

—Parece que besaste muchas bocas de mujer.

—Las suficientes para distinguir un sabor de otro.

—¿Y a qué sabe la mía?

—A algo indefinido y maravilloso.

—Pensé que ibas a decir que era como las fresas.

—No, Judy. Es mucho mejor.

—¿Qué clase de conversación estamos sosteniendo?

—La normal cuando uno se encuentra en estos casos. Una vez estuve sitiado por los indios con un amigo, en lo alto de una colina, y nos pasamos hablando todo el rato de nuestra niñez, de cosas tontas que no tenían importancia. Era instintivo porque de esa

forma disimulábamos nuestro miedo.

—A propósito, Paul. No sé nada de ti.

—Te lo contaré más tarde.

—¿Por qué no ahora?

—Porque tenemos que ocuparnos de nuestra defensa. No quiero que Ollinger se salga con la suya tan pronto.

Al mismo tiempo que hablaba, Paul dirigió una mirada a su alrededor. Miró hacia la ventana del granero.

Fue milagroso que mirase hacia allí porque en ese momento entraban dos hombres por la ventana.

Paul se revolvió e hizo fuego.

Uno de los tipos pegó un gran salto y logró esconderse tras de la paja.

El otro estaba a caballo sobre la ventana y fue atrapado por los plomos. Se venció hacia afuera y desapareció.

—Se nos coló un enemigo, Judy. Échate atrás.

La joven retrocedió y él también lo hizo a continuación, buscando refugio tras de un carro. Se arrodillaron en el suelo.

Paul tenía que vigilar ahora dos sitios distintos, la puerta y el granero, donde se hallaba escondido el individuo que había logrado entrar por la ventana.

—Judy —habló Paul en voz baja—, voy a dar la vuelta al carro para ir al granero. Creo que no atacarán los de fuera porque creen que nos van a liquidar. Se han dado cuenta de que uno de ellos logró meterse. Pero de todas formas apunta hacia la puerta, y cuando veas a alguien, te pones a disparar.

—Dispararé, pero no esperes que tenga mucha puntería.

—Eso no me preocupa. Lo que importa es que hagas ruido para que sepan que estamos atentos.

Paul la besó suavemente y se apartó de ella. Dio la vuelta al carro. Estaba preocupado. Debía de terminar cuanto antes con su enemigo para reunirse con Judy. Si Ollinger desencadenaba otro ataque por la puerta del establo estarían al borde del final.

Se detuvo ante la escalera del granero.

De arriba no llegaba ningún ruido. Aquel hombre debía de estar quieto, esperando el momento oportuno para enviar sus balas.

Paul observó los peldaños de la escalera. Estaban demasiado gastados. En cuanto tratase de subir, los maderos cederían bajo su

peso y bastaría el primer crujido para que el otro fulano supiese que él había emprendido la caza.

Entonces se le ocurrió una idea. Atrapó un largo tablón que había apoyado en la pared y lo alargó hacia el segundo peldaño. Lo apoyó primero suavemente y luego hizo presión. El peldaño soltó un gemido.

Inmediatamente, arriba sonaron dos estampidos y las balas chocaron contra la escalera demostrando a Paul que si hubiese subido ya estaría muerto. Vio dos fogonazos entre las junturas de los tablones del granero y entonces él se puso a disparar en aquella dirección.

El aullido rasgó la atmósfera, y un cuerpo cayó rebotando por los peldaños, hasta llegar abajo, en donde quedó inmóvil.

Sin concederse descanso, Paul echó a correr hacia donde Judy le estaba esperando.

Justo en ese momento varios hombres llegaban otra vez por la puerta del establo.

Paul se detuvo en plena carrera y se puso a disparar con el rifle una y otra vez.

Por fortuna sólo eran tres los atacantes. Dos de ellos cayeron enseguida, pero el tercero llegó muy cerca del carro donde se encontraba Judy, pero ya no avanzó más porque Paul le alcanzó con una bala en el cuello y casi lo decapitó.

Otra vez se produjo aquella larga pausa mientras el humo de los disparos se difuminaba.

Ballard acudió al lado de Judy y ésta dijo:

—Disparé, Paul, pero no alcancé a ninguno.

—Hubo suerte y me pude ocupar de todos.

—Si al menos sirviese para que Ollinger desistiese.

—No, eso no ocurrirá nunca… Cuantos más tipos mate de Ollinger, más deseos tendrá él de acabar conmigo. Voy a recoger unas cuantas armas que nos harán falta.

Tardó dos minutos en volver junto a Judy y trajo consigo un verdadero arsenal. Tres revólveres y un rifle.

—Una buena artillería —comentó Paul.

Ollinger se dejó oír tan cerca que Paul pensó que ya había llegado al hueco. —Paul, ¿sigues vivo?—. De los pies a la cabeza.

—Entonces escucha porque ya me cansé de este juego. —¿Qué

nueva idea se te ha ocurrido?—. La mejor.

—Oigámosla, Bill. Debe ser para no perdérsela. —Voy a pegarle fuego al establo.

CAPÍTULO XVI

Judy tenía la mano sobre el brazo de Paul desde que Ollinger había roto el último silencio.

Ballard sintió cómo se estremecía ella al escuchar el nuevo plan del forajido.

Ollinger lanzó una risotada.

—Eh, Paul, te has quedado sin habla.

—Sí, es verdad.

—Os voy a asar como dos pollos.

—Eso está por ver.

—Eres un fanfarrón, Ballard. Te lo dije cuando estabas metido en la celda y te lo repito ahora. Ya no voy a arriesgar más la vida de mis hombres. Eres duro. Lo has demostrado bien, pero ya agotaste mi paciencia.

—Te quedarás sin novia, Bill.

—Lo sentiré mucho, pero estoy dispuesto a perderla. De todas formas, le haré un buen entierro. Es lo menos que puedo hacer por mi Judy.

—Estás loco, Ollinger. Has comprometido a tus hombres y a ti mismo en un trabajo insensato. Anda, dime, ¿cuándo perdiste a tantos hombres como ahora?

—Nunca.

—Ya lo suponía. Quieres a esta mujer a pesar de todo, aunque te ocasione la mayor catástrofe.

—Un hombre se repone, pero no puedo consentir que tú me humilles ante este pueblo y todos los demás lugares sobre los que mando. Ya está dicho, Paul. Tienes un minuto para salir con la muchacha. Sesenta segundos. Ni uno más. Si para entonces no os veo aquí fuera con las manos en alto y sin armas, ordenaré a mis

hombres que le peguen fuego al establo por los cuatro costados.

Judy se puso delante de Paul.

—No quiero ir con él.

—¿Estás segura de que eliges bien? —Absolutamente.

Terminó de correr el minuto y Ollinger gritó:

—¡Vamos, chicos! ¡Quiero ver ese establo convertido en cenizas! ¡Moveros con rapidez!

Transcurrieron dos minutos y de pronto aparecieron llamas al fondo.

Por la ventana del granero cayeron dos teas encendidas que prendieron rápidamente en la paja acumulada allá arriba.

—Ven conmigo, Judy.

Paul vio un barril de agua. Cogió unos sacos y los empapó.

—Ponte esto, Judy, y escúchame bien. Esperaremos que el fuego haya prendido en casi todo el establo. Entonces saldrás tú sola diciendo que te entregas.

—No haré tal cosa.

—Es una orden.

—No voy a obedecerte.

—¿Por qué?

—Porque es injusta.

—Yo sólo quiero impedir que te cases, como dijo Bill.

—Prefiero morir a caer en manos de ese miserable.

—Judy, la vida es buena.

—No en determinadas circunstancias. Es mejor quedarme contigo.

Paul dirigió una mirada en su torno. Las llamas prendían rápidamente en el establo.

—Está bien. Vamos a intentarlo.

—¿De qué forma?

—Los caballos.

Se dio mucha prisa en uncir su caballo y otro más a las barras de un carro.

Los otros animales que estaban en los compartimientos se movían nerviosos relinchando ante las llamas que avanzaban hacia ellos.

—Judy, al pescante.

Ésta subió arriba.

—¿Qué vas a hacer, Paul?

—Primero dejaré libres a los animales y haré correr el carro detrás de ellos.

Los caballos escaparon apenas se vieron libres, hacia la salida del establo.

Paul saltó al pescante.

—¡Lista, chica! ¡Allá vamos!

Movió las bridas y los caballos emprendieron una galopada.

El carro cruzó la puerta del establo envuelto en llamas.

La voz de Ollinger tronó:

—¡Ahí van, muchachos! ¡Se escapan! ¡Plomo contra ellos…!

Paul hizo fuego sobre dos tipos que trataron de interponerse ante los caballos y tumbó a ambos.

Un tipo saltó como un mono sobre el pescante por el lado de Judy.

La joven no vaciló. Levantó el revólver e hizo fuego.

La cara del hombre se convirtió en un despojo sanguinolento y se derrumbó en el polvo.

Judy lanzó un grito histérico, tras haberse librado de aquel enemigo.

Paul agitaba las bridas animando a los caballos.

El carro trazó una curva y se dirigió hacia la calle Mayor.

—¡Agacha la cabeza, Judy! —dijo Paul porque habían dejado atrás a sus enemigos.

Ollinger gritaba con todas sus fuerzas:

—¡No pueden escaparse! ¡No pueden…! ¡Fuego, muchachos!

Una lluvia de balas se abatió sobre el vehículo.

Paul sabía que él y Judy se estaban jugando la vida. Les quedaba un último obstáculo, el giro en la calle Mayor. El vehículo estaba lanzado. Trató de frenarlo, pero no pudo porque la curva quedó demasiado prójima.

En ese momento uno de los caballos fue alcanzado por un plomo y se derrumbó.

Las ruedas del vehículo resbalaron sobre la arena y los dos fugitivos salieron despedidos del pescante y quizá fue una suerte para ellos porque después de eso, el carro dio dos vueltas consecutivas convirtiéndose en escombros al chocar contra una casa.

Judy terminó de rodar y quedó inmóvil, de bruces, sin conocimiento.

Paul tuvo mejor suerte ya que golpeó contra un lecho de arena y después de dar unas cuantas vueltas pudo detenerse. Sin embargo, su situación era muy mala porque había perdido el revólver y no tenía ningún arma a mano.

Desde el callejón del establo le llegó la voz de Ollinger:

—¡Lo logramos, muchachos! ¡Los alcanzamos! ¡Ahora vamos a cobrar las piezas…! ¡Yo tumbé el caballo! ¡Yo, el mejor gatillo de Arizona…!

Paul empezó a levantarse, pero se tambaleó. Él golpe había mermado sus facultades.

Logró ver al marshall Estaba en la esquina, impasible.

—¿Ya está satisfecho, marshall cobarde? —gritó Paul.

Tawson tenía una botella de ginebra en la mano.

—Bebí mucho. Estoy borracho.

—Maldito sea usted y su ginebra, marshall.

—No puedo hacer frente a Ollinger. Soy un pobre hombre. Pero haré algo por usted.

Sacó el revólver y lo arrojó hacia Paul.

Ballard lo agarró al vuelo y en ese momento apareció Ollinger sonriendo. Acababa de ver lo que había hecho el marshall Entonces se volvió hacia éste e hizo fuego.

Tawson recibió la bala en el estómago y retrocedió.

Luego, Bill giró hacia Paul, pero ya había perdido un tiempo precioso al disparar sobre el marshall.

Paul hizo fuego una y otra vez.

Ollinger también apretó el gatillo, pero sus balas se perdieron en el cielo azul porque estaba siendo mordido una y otra vez por los plomos de Ballard.

Cayó en tierra, de espaldas. Trató de incorporarse, pero le fallaron las fuerzas y se derrumbó definitivamente.

El marshall se había apoyado en la columna de una marquesina, en el porche del Saloon Blue, y resbaló poco a poco rodando por la escalera, hacia la calle. La botella no se rompió, pero se quedó tendida y de ella salió la ginebra que fue absorbida por el polvo reseco.

Tres hombres de Ollinger aparecieron por el callejón.

Paul disparó hasta que el gatillo percutió en el vacío.

Sólo pudo matar a uno de ellos y los otros dos se dispusieron a liquidarlo.

Por detrás de Paul un rifle se puso a funcionar.

Los dos fulanos de Bill se abatieron como muñecos.

Paul volvió la cabeza y vio que el hombre que manejaba el rifle era el ayudante del marshall de El Alto.

EPÍLOGO

—Usted se ganó la placa de marshall, Ballard… —dijo Pat.

—No, gracias. No sería marshall de este pueblo ni por mil dólares al mes.

—Es demasiado severo con nuestros ciudadanos.

—Se comportaron como unos miserables cobardes.

—Después de todo, es difícil exigir más al pueblo. Usted es un hombre de experiencia, Paul. ¿No cree que siempre pasa lo mismo? La gente, con la excusa de que quiere vivir en paz, está dispuesta a tolerar muchas cosas injustas.

—No estoy conforme con esa doctrina.

—Yo tampoco, pero hay que soportarla. El hombre es así de débil.

—Usted será el mejor marshall de El Alto, puesto que ya sabe lo que puede esperar de ellos.

—¿Adonde irá, Paul?

—Al mismo lugar adonde pensaba ir cuando llegué por casualidad a este pueblo. A México. Antes devolveré el dinero a los ancianos, y gracias por la recompensa que me dieron aquí.

—Le deseo mucha suerte, Paul.

Los dos hombres se estrecharon la mano.

En ese momento, Mary entró en la oficina. Estaba sonriente, feliz.

—Pat, Judy me ha dicho que no podía hacerme el traje de novia, pero me dejó el patrón. Será precioso. Ya lo verás.

—Seguro, Mary.

Paul salió silenciosamente de la oficina.

En aquel momento, Judy llegó al porche.

Los dos se detuvieron, uno frente al otro.

—¿Estás preparada, Judy?

Paul había comprado un carro y las provisiones que necesitaban.

Ballard besó a la joven y la ayudó a subir al pescante.

La puerta de la oficina del Marshall se abrió dando paso a Mary y a Pat.

—Buen viaje —dijo Pat.

—Que seáis muy felices —dijo Mary.

—Lo mismo te deseo —repuso Judy.

Paul movió las bridas de los caballos y éstos se pusieron en marcha.

Algunas personas salieron de las casas y se quedaban inmóviles, sin decir nada, mirando al vehículo donde viajaba el hombre que se había atrevido a hacer frente a Bill Ollinger, el mejor gatillo de Arizona.

FIN